

Por los caminos antropológico-eclesiales de la revelación de Dios

ANIANO ÁLVAREZ-SUÁREZ, OCD

Nuestra reflexión quiere ser un estímulo al estudio de la teología sistemática: la revelación de Dios y la respuesta del hombre, que, en principio, son ejes centrales de la teología y, por tanto, en torno a ellos, se pueden articular los temas nucleares de la misma teología. El capítulo primero de la Constitución dogmática *Dei Verbum* del Vaticano II, que recoge los elementos esenciales de la reflexión sobre la revelación, nos guiará en nuestra reflexión. Ya antes, el Concilio Vaticano I había afirmado el hecho de la revelación, su posibilidad y su objeto¹.

Teológicamente, se entiende la revelación fundamentalmente como autorrevelación, y es vista esencialmente desde una perspectiva dialógica; con lo cual, el hombre es el tema complementario: llamado a responder desde la fe en virtud de Jesucristo (“el Hombre”) y del Espíritu Santo, fuerza de Dios que mora en el hombre (la Gracia). Se entiende, pues, la revelación como encuentro de Dios con el hombre por iniciativa y voluntad primera de Dios², que hace posible la respuesta del hombre: la fe, que se vive en la Iglesia, se fortalece en los sacramentos y llega a su culmen en la comunión del hombre con Dios en virtud de la Gracia.

Es importante decir también que se pretende un acercamiento histórico-salvífico al tema de la revelación y de la fe. La revelación se enmarca en la historia de la salvación, que tiene su origen en el misterio trinitario de Dios, y es fruto de la iniciativa divina que crea, elige, llama, hace alianza, redime y justifica, hace la Iglesia y la llama como a esposa a participar de los bienes de su casa.

¹ Cfr. Dz 1785.

² «Quiso Dios», cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática “Dei Verbum”*, 1,2.

I. La autorrevelación de Dios

La revelación “divina” es la automanifestación³ de Dios a los hombres, que son los destinatarios de esta revelación. Y comenzamos nuestra reflexión haciendo como una declaración de principio, una opción, a la hora de entender la revelación, sin desmerecer, claro está, las aportaciones necesarias de otras: la forma más propia de la revelación es la comunicación y la presencia personal de Dios en la vida de los hombres. Porque esta comunicación es real, la revelación no es una serie de ideas o nociones éticas más o menos abstractas, sino que es un hecho, un acontecimiento dado en el espacio y en el tiempo; en hechos y palabras intrínsecamente unidos. Dios fue preparando a su pueblo – y se fue autorrevelando al pueblo como Creador y libertador, y escoge y hace alianza con su pueblo – poco a poco hasta que llegó el tiempo del cumplimiento de las promesas, la Encarnación del Hijo de Dios. Jesucristo, Dios hecho carne, es la plenitud de la revelación en donde la Palabra de Dios actúa, históricamente, en la vida de los hombres. Sin embargo, la revelación, aunque haya alcanzado la plenitud y ya no debemos esperar otra revelación, no es un acontecimiento muerto en la historia, sino que nos llega a nosotros llena de vida a través de la Sagrada Tradición de la Iglesia, guiada por el Espíritu prometido por Cristo a sus Apóstoles. La Sagrada Escritura y la Sagrada Tradición son dos caños de una misma fuente. Para que esta revelación pueda llegar hasta nosotros sin que se desvirtúe la Iglesia se hace garante, con el auxilio del Espíritu Santo, a través del Magisterio. El otro eje sobre el que descansa nuestra reflexión es el de la respuesta del hombre. El hombre responde coherentemente a la autodonación que Dios hace de sí mismo por la «obediencia de la fe»⁴.

1. ¿Qué es la revelación?

«Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar al Padre y participar de la naturaleza divina (Ef 2,18; 2Pt 1,4). En esta revelación, Dios invisible (Col 1,15; 1Tim 1,17), movido por amor, habla a los hombres como amigos (Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía»⁵.

Partimos, en nuestra reflexión, de esta “definición” de revelación que ofrece el Concilio en la Constitución *Dei Verbum*, en la que se recogen los elementos esenciales de la revelación: Voluntad divina (“quiso Dios”); sobrenaturalidad y dimensión personal, movido por su

³ Hablaremos indistintamente de autorrevelación, autocomunicación, autodonación.

⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 143. También Rom 1,5.

⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática “Dei Verbum”*, 2.

amor (bondad y sabiduría; autodonación y gracia), revelación como autorrevelación (“a sí mismo”), por Cristo (culmen de la automanifestación de Dios) y el Espíritu Santo (dimensión trinitaria de la revelación), para que los hombres participen de la vida de Dios (fin de la revelación). Entendemos, pues, la revelación, como autorrevelación o como autocomunicación de Dios que acontece y adquiere forma en el curso de su realización en la historia.

Un hecho fundamental, central y que marca la originalidad específica de la religión cristiana es que se nos presenta como originada y fundada en una revelación histórica. El término revelación, que viene del latín “*revelare*”⁶, significa literalmente “quitar el velo que oculta algo”; en su dimensión religiosa quiere decir la manifestación que Dios hace a los hombres de su propio ser y de aquellas otras verdades necesarias o convenientes para la salvación. La revelación divina es un hablar Dios a los hombres; es decir, Dios sale al encuentro del hombre y se da a conocer, a modo de decir, de dos maneras: una natural (razón natural; creación) y otra sobrenatural (revelación)⁷.

Con W Beinnert, y en la misma línea de lo que la *Dei Verbum* manifiesta, podemos definir la revelación como «... la autocomunicación radical y total de Dios como misterio absoluto, la cual se realiza en la historia a través de palabras, acciones y acontecimientos que alcanzan su culminación en Jesús, llega a través del Espíritu Santo y desarrolla su eficacia salvífica cuando el hombre la acepta y recibe con fe»⁸.

El Concilio Vaticano II presenta la revelación como “autorrevelación”⁹ – revelarse a sí mismo – y en este mismo sentido la expresan estos autores: autorrevelación o autocomunicación de Dios al hombre. Significa revelación de “sí mismo”¹⁰. Entonces, entendemos la revelación desde la teoría de la comunicación.

⁶ Cfr. A. NOVO, *Jesucristo, la plenitud de la revelación*, Bilbao 2003, p. 13. Tiene también su origen en la palabra griega “*apokalíptein*”.

⁷ No entramos aquí directamente al problema del conocimiento de Dios, pues la reflexión se alargaría demasiado. La teología católica tiene la firme pretensión de que no hay, ni puede haber contradicción entre los conocimientos de fe y las verdades racionales. Claro está que la teología entiende la fe de manera antropológicamente razonable y lo ha percibido así desde el comienzo de la reflexión teológica y lo ha mantenido en medio de grandes controversias. La Creación, como revelación de Dios y posibilitadora del conocimiento natural de Dios, la trataremos más adelante. El Catecismo de la Iglesia Católica, en el número 50, afirma que la revelación es un nuevo conocimiento de Dios, diferente al de la razón natural.

⁸ W. BEINNERT, «Revelación», en: *Diccionario de Teología Dogmática*, Barcelona 1990, p. 176-177. En este mismo sentido la define Müller: «Es la denominación global con que se designa la acción salvífica de Dios en la historia, testificada en el AT y en el NT, que alcanza su punto culminante en el acontecimiento de Cristo. La revelación en Jesucristo abre al creyente el acontecimiento de la realidad de Dios como el misterio del amor, un amor que identifica con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo». G.L. MÜLLER, *Dogmática, teoría y práctica de la Teología*, Barcelona 1998, p. 45.

⁹ Ya el mismo Concilio Vaticano I entendía así la revelación: cfr. Dz 1785.

¹⁰ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 52.

Es importante fundamentar bien lo que es la revelación y entenderla correctamente para no caer en el peligro de reducir la fe a un horizonte intelectualista, como los que entienden la revelación nada más que como un conjunto de verdades garantizadas por la autoridad divina o por el magisterio, o en el peligro de negar la posibilidad de un encuentro real con la trascendencia divina, como hace la crítica de la religión desde la teoría de la proyección¹¹.

Entendida la revelación como autorrevelación de Dios al hombre en la historia, tenemos que la fe se fundamenta en una experiencia primordial de la realidad y en un encuentro personal con Dios en su palabra y en su acción. «Lo que Dios quiere no es sólo hablarnos de un conjunto de verdades y doctrinas»¹², sino hacer amistad con nosotros, introducirnos en su misma vida. Es, por tanto, Dios mismo quien nos hace llegar una palabra de explicación (revelación) de manera que podamos detectar su proyecto dentro de los acontecimientos de nuestra historia de ayer y de hoy, y podamos entender con suficiente claridad los signos de su amor en la historia¹³.

¿Por qué se reveló Dios? Porque quiso y porque nos ama; “por nosotros y por nuestra salvación”. ¿Con qué finalidad? Para darse a conocer de modo gratuito e invitarnos a una comunión con Él, a través de una relación de amistad¹⁴. La revelación divina es, pues, un gran regalo, don inmerecido e inesperado del amor de Dios (sobrenaturalidad), en forma de diálogo amoroso. La revelación inaugurada aquí en el tiempo, mediante la fe, está destinada a llegar a su plenitud en el más allá, en el encuentro cara a cara de cada hombre con Dios.

2. Contenido de la revelación

El contenido de la revelación es Dios mismo. «La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre»¹⁵, constituye el contenido de la revelación. «Quiso Dios... revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad...»¹⁶. Y, curiosamente, mientras Dios se va manifestando el hombre va apareciendo como en una gran apertura a Dios y a su revelación.

¹¹ Cfr. G.L. MÜLLER, o.c., p. 45. A. Novo recoge, en la obra anteriormente citada p. 15-31, una tipología esquemática de los diferentes modelos de revelación, aclarando, desde un principio, que ninguno de ellos se da en estado puro; distingue los siguientes: doctrinal, histórico, experiencial, dialógico y el modelo trascendental de K. Rahner. W Beinnert (o.c., p. 618-619), recoge tres modelos: el modelo epifánico, el teórico-instructivo, y el teórico-comunicativo.

¹² Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *Catecismo Católico para Adultos, la fe de la Iglesia*, Madrid 1990, p. 35.

¹³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 66-67.

¹⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, n. 2.

¹⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, n. 2: «La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación».

¹⁶ *Ibid.*, 2.

La revelación es la autocomunicación de Dios Trino. El contenido de la revelación es Dios Trino. La autorrevelación y autocomunicación de Dios en la historia nos muestra, en primer término, quién es Dios. Dios sólo puede autocomunicarse en la historia de nuestra salvación, porque Él es eternamente autocomunicación en el amor, es decir, porque es eternamente trinitario. Mirándolo bien, la confesión de fe en la Trinidad no es otra cosa que la transcripción elaborada, aunque balbuciente, de esta frase de la primera carta de Juan: «Dios es amor» (1Jn 4,8.16). Con ello se afirma: Dios no es un Dios solitario, encerrado en sí mismo; es, más bien, en sí mismo diálogo, es en sí mismo acontecimiento de amor que se autocomunica; es en sí mismo comunión¹⁷.

Pero esta revelación se da según el orden de la economía de la Salvación: «Por Cristo, Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el padre y participar de la naturaleza divina»¹⁸. En el hombre Jesús se manifiesta Dios como el sujeto soberano de su autoexpresión en la palabra¹⁹. Cuando el hombre conoce y reconoce en Jesús de Nazaret la presencia definitiva y escatológica de la autocomunicación de Dios como verdad y vida, Dios se le comunica inmediatamente y se deja aceptar por él como su creador, redentor y consumidor. Jesús es la presencia real de Dios que sale a nuestro encuentro en la historia²⁰. Él ha llevado a cumplimiento, desde el corazón del Padre, la autoexplicación de Dios (Jn 1,18), porque él es el mediador de la nueva Alianza (1Tim 2,5). El acontecimiento Jesús, la Encarnación del Verbo Hijo de Dios, pone de manifiesto la autocomunicación de Dios en la historia como Trinidad. La Encarnación es la autoentrega del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo que fecunda a la Virgen María.

La revelación, según el plan de Dios, dice el Concilio, «se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas»²¹. Hechos y palabras están profundamente conectados: en el idioma hebreo se usa la palabra “*dabar*” que indica palabra y obra a la vez. La palabra de Dios es siempre una sola cosa con su acción: es siempre eficaz, realiza lo que dice. La revelación divina es verdaderamente Palabra de Dios, pero es también acontecimiento, manifestación y desarrollo del plan de Dios a lo largo de la Historia. La salvación de Dios aparece en todo lo que hace al intervenir en la historia de los hombres y no sólo en la

¹⁷ Cfr. W. KASPER, *La fe excede todo conocimiento*, Santander 1988, p. 95-106.

¹⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 2.

¹⁹ Cfr. G.L. MÜLLER, *o.c.*, p. 47-48.

²⁰ Se trata, evidentemente, de la automediación de Dios en la palabra, que es Dios mismo según Jn 1,14.

²¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 2: «El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio». Cfr. también *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 53.

conciencia de los creyentes al tener conocimiento de esa historia. Nos encontramos, pues, ante la estrechísima relación entre las palabras bíblicas y los hechos que esas palabras narran. Mediante la Sagrada Escritura, Dios da a conocer el sentido salvífico de los acontecimientos, y éstos pueden así comprenderse como historia de salvación. El encuentro de Dios con el hombre se realiza por medio de la historia, es decir, por medio de hechos, acontecimientos y acciones que después son explicados por medio de palabras. En esta historia se han dado unos acontecimientos fundamentales de la revelación de Dios. Estos son: la Creación, la Elevación y la Alianza de Dios con el Pueblo de Israel y, sobre todo, el “acontecimiento Jesucristo”, que es el rostro humano de Dios. Nos detendremos a su tiempo en cada uno de estos hechos y palabras de la revelación.

En todos y en cada uno de estos hechos-acontecimientos de revelación se expresa Dios Trino; fundamentalmente, en el “evento” histórico que supuso Jesús de Nazaret. Por medio de Él, el Padre, en el Espíritu Santo, revela a los hombres el misterio de su vida divina salvándolos, y los salva revelándose. En este sentido podemos afirmar con Alfaró que la revelación es Cristocéntrica, Cristológica, Cristoteológica²².

3. Destinatario de la revelación y posibilidad de la misma

El hombre es el destinatario de la revelación de Dios. Esta autodonación o autorrevelación de Dios tiene como destinatario al hombre. “Por ellos”, para ellos, Dios se encarna para restablecer el orden de la creación primera y convocar a todos los hombres a la comunión con Él. Lo primero que se aprecia en la doctrina de la revelación es la voluntad de Dios de hablar a los hombres “como amigos”: Dios quiere hablar a los hombres, darles su palabra que les indica el origen de su camino, el sendero por donde han de caminar y la meta a la que tienen que llegar. Aunque, de principio, podemos decir que no es lo más importante lo que se dice cuanto el hecho mismo de que están en actitud de diálogo y relación interpersonal. Dios piensa en el hombre como alguien capaz de dialogar con Él: quiere encontrarse con el hombre²³.

Dios se ha dirigido al hombre a lo largo de la historia, como hemos visto, para manifestar su proyecto de amor que se hace presencia y realidad en la persona de Jesús. Y ocurre algo singular: a medida que Dios se va revelando, el hombre va captando la profundidad de su misma identidad: en la creación, en la elección, en la alianza y, sobre todo, en Cristo Jesús, el hombre se descubre como criatura, como sujeto

²² Cfr. J.M. DE MIGUEL, *Revelación y fe, la Teología de Juan Alfaró*, Salamanca 1983, p. 158-201.

²³ Ésta sería la dimensión comunicativa de la revelación y su finalidad soteriológica.

dialogante, fundamentalmente abierto a esta revelación y como hijo. El hombre es el destinatario de la Palabra de Dios por pura voluntad del mismo Dios; y, en su responsabilidad de responder, descubre el hombre su ser más íntimo²⁴.

Dios es el sujeto de su revelación²⁵ en la creación y en la Historia de la Salvación. Es el principio y el objeto formal, que diría Santo Tomás, de la Teología y, en este mismo sentido tenemos que decir que es, además, el principio del conocimiento que los hombres pueden tener sobre Dios. Pero esta afirmación no quiere aseverar el sólo autotestimonio de Dios «desde arriba» (K. Barth), porque Dios sólo se comunica a los hombres a través de las posibilidades del conocimiento humano como contenido y principio del acto de fe y de la comprensión teológica.

Por eso, – nos preguntamos – ¿cómo puede Dios revelarse a sí mismo a través del (en medio del) lenguaje humano sin exponerse a verse limitado, reducido a finitud a través del espíritu humano que lo capta?, ¿cómo es posible que Dios, que es pura trascendencia, se manifieste en la palabra humana que es la inmanencia en persona?; o, ¿cómo es posible explicar la presencia de una realidad totalmente sobrenatural (Dios, la Gracia), de Dios en la naturaleza humana, en la criatura? La posibilidad de la respuesta a un tema tan arduo habrá que buscarla por diferentes frentes:

- La revelación como autotestimonio de Dios al hombre llega a éste revestida humanamente bajo los velos de la palabra y el concepto (realidad histórica de la revelación y posibilidad de inteligibilidad): de lo contrario el hombre no podría percibirla y no sería revelación.
- Desde la afirmación primordial de la capacidad receptiva radical del hombre respecto de una posible autocomunicación de Dios²⁶. Dicho con otras palabras²⁷: la primera, fundamental y universal afirmación de la revelación divina, acerca del hombre, establece: el hombre es una criatura de Dios (Gn 1,17; 2,7). Constituido exclusiva y globalmente por una relación trascendental a Dios como su origen y su fin. El hombre se concibe a sí mismo en su identidad relacional a partir de su referencia constitutiva a Dios. Y se percibe como persona subsistente (dueña de sí, sujeto, responsable) para la libertad. Esta

²⁴ «El ser del hombre como persona no se basa en su pensamiento, sino en su responsabilidad, en el hecho de que le llame un Yo supremo y se le comunique... La naturaleza profunda del hombre está en el 'poder responder', es decir, en el ser-en-la-Palabra-del-Creador. En esta llamada hacia sí, hacia el Creador que ama y crea, que nos llama como "tú", y en esta pertenencia, el hombre pasa de ser naturaleza a ser responsable, espiritualmente libre, y al mismo tiempo se conoce como un ser, por una parte, dado por Dios y, por otra, emigrado de Dios, pecador... En la llamada del Señor percibe el hombre su doble pertenencia; este ser-a-partir-de-Él y ser-para-y-hacia-Él», E. BRUNNER, *La verdad como encuentro*, Barcelona 1967, p. 28-29.

²⁵ Es decir que en Dios tiene su origen, cfr. JUAN PABLO II, *Carta Encíclica Fe y Razón*, n. 7.

²⁶ Ello quiere decir que el hombre es un ser radicalmente a la revelación: "potentia oboedientialis"; referencia trascendental: "espíritu finito"; constante antropológica: "oyente de la palabra".

²⁷ Cfr. G.L.MÜLLER, *o.c.*, p. 109-110.

constitución del hombre le permite ser destinatario de la acción libre que Dios lleva a cabo en la historia para su bien (revelación).

- Desde la orientación innata del hombre hacia la visión de Dios, expresada en el tradicional “deseo natural de ver a Dios”, inserto en lo más íntimo del corazón del hombre (revelación trascendental).
- La “solución” a semejante problema hemos de enmarcarla en el de la inmanencia-trascendencia de la gracia, que solo queda superada cuando recurrimos al misterio del Verbo encarnado, donde acontece la presencia máxima de lo divino en una naturaleza humana.

De todo lo expuesto se derivan tres características fundamentales del hombre, que le constituyen en “oyente” privilegiado de la revelación de Dios:

- 1.- Teocentrismo general del hombre en orden a su realización esencial.
- 2.- Concentración cristocéntrica de la referencia a Dios en cuanto que, en Cristo, alcanzan, Dios y el hombre, una cercanía insuperable.
- 3.- Consumación histórico-salvífica de los seres creados. Dios se revela como fundamento (protología) y fin (escatología) del hombre.

4. *Transmisión de la revelación: revelación, tradición y Espíritu Santo*

«Dios quiso que lo que había revelado para la salvación de todos los pueblos se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las generaciones. Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación, mandó a los apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que Él mismo cumplió y promulgó con su voz»²⁸.

La transmisión de la revelación y, por tanto, del Evangelio se hizo de dos maneras. Una oral: los Apóstoles, con su predicación, sus ejemplos, sus instituciones transmitieron de palabra lo que habían aprendido de las obras y palabras de Cristo y lo que el Espíritu Santo les enseñó. Y, otra, por escrito: los mismos Apóstoles, y otros de su generación, pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo. Para que el Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores a los obispos (sucesión apostólica). Esta transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo, es llamada “Sagrada Tradición”, en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella. Así, la

²⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 7.

comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por su Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Iglesia²⁹.

La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura «están íntima-mente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin»³⁰. Una y otra hacen presente y fecundo en la Iglesia el misterio de Cristo. La Sagrada Tradición recibe la Palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmiten de manera íntegra a los sucesores; para que ellos, a su vez, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación.

El depósito sagrado de la fe, contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura, fue confiado por los Apóstoles al conjunto de la Iglesia³¹. El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios ha sido encomendado sólo al magisterio vivo de la Iglesia, y esta interpretación la hace en nombre de Jesucristo. Por ello, el Magisterio nunca está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, pues, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído. Los fieles reciben, con docilidad, las enseñanzas y directrices que sus pastores dan de diferentes formas.

Todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada. Han recibido por el Bautismo la unción del Espíritu Santo que los instruye y los conduce a la verdad completa³². Gracias a la asistencia del Espíritu Santo, la inteligencia tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe puede crecer en la vida de la Iglesia: cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón³³; cuando los fieles comprenden internamente los misterios que viven³⁴; y cuando las proclaman los obispos, que con la sucesión apostólica reciben un carisma de la verdad³⁵.

²⁹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, n. 8: «Dios que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así, el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo».

³⁰ Cfr. *Ibid.*, 9.

³¹ Cfr. *Ibid.*, 10: «Fiel a dicho depósito, todo el pueblo santo, unido a sus pastores, persevera constantemente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción de pan y en la oración, y así se realiza una maravillosa concordia entre Pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida».

³² Cfr. *Ibid.*, n. 12.

³³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, n. 8.

³⁴ Cfr. *Ibid.*, 8.

³⁵ Cfr. *Ibid.*, 8.

5. El contenido de la fe

«Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe (cfr. Rom 16,26; Rom 1,5; 2Cor 10,5-6). Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, les ofrece “el homenaje total de su entendimiento y voluntad”, asintiendo libremente a lo que Dios revela»³⁶.

A la Palabra de Dios, que es la revelación, corresponde la palabra del hombre en respuesta a Dios, que es la fe. La fe es, antes que nada, respuesta a la revelación de Dios; y, de primeras, podemos decir que la fe es un “*afianzarse en Dios*” como la respuesta adecuada a lo que Dios ha manifestado en su revelación. Ésta no alcanza su eficacia salvífica, a la que está destinada, hasta que el hombre la acepta y la recibe con fe. Y es que la fe no se puede entender al margen de la revelación. La revelación es la automanifestación de Dios al hombre. Y la fe es el asentimiento por parte del hombre a la verdad revelada por Dios; es la obediencia y la respuesta a la manifestación de Dios.

La fe no es sólo un contenido de verdades objetivas³⁷, ni tampoco algo subjetivo³⁸ sin contenido. Porque no es lo mismo creer en Dios que creer en cualquier otra realidad o creer en un ídolo. No hay separación entre “*fides qua*” y “*fides quae*”; los dos términos quieren especificar los diversos momentos de un acto único. Al creer, la persona acepta un contenido que la compromete; por tanto, la “*fides qua*” no abstrae de la “*fides quae*”, sino que está determinada por ella. La “*fides quae*”, a su vez, remite a la “*fides qua*” como al acto fundamental mediante el cual el creyente, en su libertad, acepta fiarse plenamente de la revelación de Dios.

6. “*Fides quae creditur*”

Entendemos la revelación como autorrevelación de Dios³⁹, con lo cual el contenido de la revelación es Dios. Quiere Dios que sepamos quién es. Por eso, desde la perspectiva de la fe cristiana tenemos que afirmar que Dios es autor de la revelación y, a la vez, el contenido mismo de la fe tal y como se ha revelado al hacerse presente en la historia de los hombres; y el garante de la unidad de esa misma fe.

Y, ¿quién es ese Dios tal y como se ha revelado y la fe cree? Los tres puntos centrales, los tres dogmas básicos⁴⁰, de la fe cristiana son:

³⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 5.

³⁷ Se trata de la “*fides quae*” o contenido dogmático de la fe.

³⁸ Se trata de la “*fides qua*” o acto de la fe.

³⁹ «Quiso Dios revelarse a Sí mismo...», cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 1,2.

⁴⁰ Cfr. G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 4.

- 1.- La Trinidad de Dios: las personas de la única esencia divina⁴¹.
- 2.- La Encarnación: el Hijo eterno se hace hombre.
- 3.- El Espíritu Santo y la Gracia: la venida de Dios en el Espíritu Santo.

La fe cristiana es trinitaria. Después de la resurrección de Jesús se pone de manifiesto y se profundiza la estructura trinitaria de la salvación y consecuentemente de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. El envío del Espíritu Santo, después de la resurrección (cfr. Jn 7,39), revela en plenitud el nombre de Dios como misterio trinitario. Del Padre, en cuanto Padre del Hijo único, procede el Espíritu Santo⁴².

Desde los primeros concilios⁴³, Dios es afirmado como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y se hace en orden jerárquico: el Padre es el origen sin origen dentro de Dios. El Hijo es la Palabra que el Padre se dice dentro de sí mismo. El Espíritu es el amor que une al Padre y al Hijo. En oposición a las diferentes herejías que fueron surgiendo, los concilios y los padres de la Iglesia ayudados por los conceptos de la filosofía griega irán estableciendo el dogma trinitario. Padre, Hijo y Espíritu Santo no son modalidades – ni subordinaciones... – de un solo Dios, sino personas distintas en una sola naturaleza divina.

La confesión de fe en la Trinidad es como el compendio de la fe cristiana⁴⁴; tiene su fundamento en la revelación y especialmente en la persona de Jesús y, sin embargo, siempre se nos queda un misterio que nadie puede atrapar. Percibimos con San Juan que Dios es amor y lo es desde una eternidad infinita, y lo es en virtud de su ser Trinidad. Gracias a la fe sabemos que la realidad última (Dios) y más profunda es vida y es amor y que por Jesucristo, en el Espíritu Santo, se nos ha dado parte en esta realidad. Además, gracias a la fe en el Dios trinitario, descubrimos la vocación propia del cristiano como llamada a descubrir y a transformar la realidad por la práctica del amor, a imitación de la Trinidad. La estructura de nuestro “Credo” reafirma esta dimensión trinitaria y resume el contenido de la fe: «Creo en Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra; y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen, padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la

⁴¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 150-153.

⁴² Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 249.

⁴³ Cfr. *Ibid.*, n. 250. Las primeras referencias trinitarias tienen que ver con la liturgia bautismal (y la práctica de la oración) de la Iglesia naciente, antes de que formaran parte del Símbolo. Cfr. L.L. MÜLLER, *o.c.*, p. 420-421.

⁴⁴ Es, desde el Bautismo, lo que informa la vida cristiana: «yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», dice la fórmula bautismal.

comunidad de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna»⁴⁵. El contenido del “Credo” es la realidad de Dios y su actuación salvífica para con nosotros⁴⁶.

7. *El cristocentrismo de la fe*

Así como la revelación de Dios tiene un momento culminante en la plenitud cristiana, así también la fe, naturalmente trinitaria, tiene su manantial en Cristo. En este sentido “la fe constituye el primer paso para llegar a Jesucristo y vivir su misterio; es el principio y el corazón de la existencia cristiana. Implica tener por verdadero y reconocer que Jesús de Nazaret es el ‘Cristo, el Hijo de Dios vivo’ (Mt 16,16); el enviado de Dios, que con su vida, muerte y resurrección trae a los hombres los dones del perdón, de la justicia y del Espíritu de santificación (Hch 2,36; 10,40-42; Rom 1,4; 2Cor 5,19); el Señor y el único mediador, en cuyo nombre se puede hallar la salvación”⁴⁷. Es decir, si entendemos la fe como la respuesta⁴⁸ del hombre a la llamada de Dios en la revelación, tenemos que decir que Cristo⁴⁹ es la respuesta adecuada y absoluta del hombre: la palabra salvífica de Dios y su aceptación a la vez. Jesús exige la adhesión incondicionada del hombre a su persona y a su mensaje como respuesta al acto salvífico de Dios. Es decir, la fe en Jesús abre la posibilidad de la salvación. En este sentido Cristo es el centro y el fundamento de la fe cristiana y el origen de la Iglesia: comunidad de los creen en Jesús. Como la misma revelación, la fe es cristocéntrica, cristológica y cristoteológica⁵⁰.

- *La fe es cristológica*: “Credere Cristo” (“Credere Deo”). El hombre cree por Cristo en la verdad de la revelación. Es el testimonio divino expresado en la revelación, el motivo formal o el fundamento por el que el hombre cree. Se destaca en esta perspectiva cómo la fe es “apoyarse en Dios”, apoyarse en lo que Dios ha manifestado. El hombre cree a Dios y, por eso, cree lo que Él revela: el hombre cree a Dios que habla (“Deus loquens”) por sí mismo; no hay otra razón. En este mismo sentido: “Cristo es fundamento de la fe”; en el sentido de que Jesús es el revelador de Dios en cuanto se revela como hombre. Él es la revelación y el revelador: y reclama para sí la adhesión a su persona, en

⁴⁵ Así se expresa el Símbolo apostólico de Dz. 7.

⁴⁶ Cfr. J. VIVES, *Creer el Credo*, Santander 1986, p. 13-16.

⁴⁷ Cfr. S. DE FIORES, «Jesucristo», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 758.

⁴⁸ «A la totalidad y la unidad de las respuestas de los discípulos de Jesús y de quienes aceptan su testimonio, posibilitadas y sustentadas por medio de la autorrevelación de Dios en Jesucristo, se la denomina “la fe de la Iglesia”». G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 50.

⁴⁹ Pueden verse algunos aspectos esenciales de la fe en Cristo de la Iglesia, en G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 263-264, o en CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o.c.*, p. 39-40.

⁵⁰ Con ello, queremos decir que tiene un carácter sobrenatural y salvífico. Cfr. J. M. DE MIGUEL, *o.c.*, p. 203-270.

orden a la salvación, como Hijo de Dios y hombre entre los hombres. Porque el testimonio que da Jesús de sí es autotestimonio de Dios. Eso significa que debemos prestar fe a Cristo de modo absoluto: el testimonio de Jesús es el fundamento de la fe cristiana. Por eso la fe es cristológica.

- *La fe es cristocéntrica* (“*Credere Christum*”). La fe no se orienta hacia todo lo revelado con la misma intensidad; se concentra en el núcleo, que es el misterio de nuestra Salvación realizada por Dios a través de Cristo. Dios como salvador de los hombres es el centro de la revelación y el centro de esa salvación se opera en Jesús. «El cristocentrismo de la revelación y de la fe quiere decir que Dios se ha manifestado progresivamente en su acción salvífica a lo largo de la historia y que este devenir histórico de la revelación ha culminado en un acontecimiento supremo de salvación: Cristo»⁵¹. Por la fe el hombre alcanza el contenido central de la revelación que lo salva: Cristo. O, dicho de otro modo, a “Dios que salva a la humanidad por Cristo”. En realidad, la fe alcanza en Cristo el misterio trinitario. Él es el centro de la fe, pero por ser la Palabra de Dios encarnada remite siempre hacia el misterio del Padre, que la pronuncia eternamente, y al Espíritu Santo por cuya mediación tomó carne en María Virgen.

El carácter eclesial de la fe deriva igualmente de Cristo, cabeza de la Iglesia, y hace referencia a la Encarnación de la Salvación: los hombres salvados por Cristo constituyen la Iglesia. Luego la fe es Cristocéntrica porque su objeto es Cristo, y Cristo es el objeto de la revelación divina y de la Salvación: por eso es su objeto central.

- Cristo fin y consumidor de la fe⁵². *La fe es cristoteológica*: tiene en Cristo no sólo su centro y fundamento, sino también su término final. El hombre cree en Dios para llegar a la visión de Dios en Cristo. Porque el acto de la fe tiende hacia la consecución de su objeto, que es la unión con Dios. El objeto primario de la fe es el misterio de Cristo, Verbo encarnado, en el cual está expresado el misterio de Dios (Trinidad) y el misterio del hombre (Redención). La fe se consumará en la visión, posesión o comunión con su objeto: Cristo glorioso, revelador del Padre y donador del Espíritu Santo.

El misterio de Cristo remite al misterio trinitario que es su fuente. La esencia íntima de la revelación y de la fe es la Trinidad. La adhesión a Cristo conlleva la entrega al Padre en el Espíritu Santo. El Dios de la revelación es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que ha enviado al mundo al Espíritu Consolador para revelar a los hombres su admirable misterio. Esto constituye el punto de referencia último del acto de la fe (“*fides qua*”); no sólo es su contenido (“*fides quae*”). No considerar esto así casi acaba con la piedad creyente en la Trinidad y con su relevancia salvífica. El camino cristológico como acceso al misterio

⁵¹ Cfr. *Ibid.*

⁵² Se trata del “*credere in Christum*”. Es decir, de la dimensión escatológica de la fe.

trinitario es el que han seguido los grandes místicos. Y es que, sin el misterio trinitario, no se entiende, por ejemplo, el misterio de la Encarnación.

La dimensión trinitaria de la fe resalta en la acción interior del Espíritu Santo en el acto de creer. Es Dios quien sostiene la fe del creyente. La presencia de la Trinidad envuelve, conforma y posibilita el acto de la fe. La Trinidad es el origen último de la fe, inseparable del misterio de Cristo, centro fundamental, mediador y fin de la fe.

II. Autorrevelación de Dios como autor de la creación y de la salvación

«Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo en las cosas creadas; queriendo además abrir el camino de la salvación sobrenatural, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres. Después de su caída, los levantó a la esperanza de la salvación (cfr. Gen 3,15), con la promesa de la redención; después cuidó continuamente del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (cfr. Rom 2,6-7). Al llegar el momento, llamó a Abrahán para hacerlo padre de un gran pueblo (cfr. Gen 12, 2-3). Después de la edad de los patriarcas, instruyó a dicho pueblo por medio de Moisés y los profetas, para que lo reconociera a Él como Dios único y verdadero, como Padre providente y juez justo; y para que esperara al Salvador prometido. De este modo fue preparando a través de los siglos el camino del Evangelio»⁵³.

El texto de la Constitución "*Dei Verbum*" que nos está sirviendo de marco de referencia es muy explícito a la hora de "justificar" nuestro tema presente: Dios da testimonio de sí siendo creador⁵⁴; y, además, se reveló desde el principio para abrir a los hombres el camino de la Salvación⁵⁵.

De acuerdo con Símbolo de la fe, los cristianos "creemos en Dios Padre todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra". Cuando confesamos esto, estamos afirmando que Dios es el origen de todo cuanto existe. El término "creación" es un término teológico. Y, con él, el creyente expresa que Dios está en el origen de todo. Responde esta noción al "interrogante fundamental del hombre y de la humanidad: ¿por qué y para qué existe todo? ¿por qué y para qué existe el hombre?"⁵⁶. A estos interrogantes, hoy más que nunca, va la ciencia queriendo responder y respondiendo en muchos casos. Cada día es

⁵³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, n. 3.

⁵⁴ Se trata, como lo hemos formulado en el título de la presente reflexión, de la realidad de la automanifestación o autorrevelación de Dios en la Creación.

⁵⁵ Y lo hace, levantando, eligiendo, prometiéndolo, cuidando, llamando, haciendo alianza y preparando el camino al Salvador: autorrevelación de Dios en la historia del pueblo.

⁵⁶ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o.c.*, p. 95.

mejor y mayor el conocimiento que muestra la ciencia sobre el mundo, el origen del universo, la composición de las cosas, las más pequeñas y las más grandes. En el pasado ha habido, por no saber distinguir bien los campos en los que se mueve cada una de las materias, serios encontronazos entre la fe, por un lado, y la ciencia, por otro. Conocidos son los casos de Galileo, Darwin, etc. Pero no es entrar en esta discusión la intención de nuestra reflexión.

Los relatos bíblicos de la creación⁵⁷, que tienen una clara intención reveladora, quieren mostrar que Dios da testimonio de sí creando, que Dios es autor de la creación. El mismo Jesús en los Evangelios identifica a su Padre con el Creador (cfr. Lc 10,21), presenta la voluntad original de la creación contra la situación religioso-moral de su tiempo y aparece muy vinculada a su predicación del Reino. El Nuevo Testamento y Pablo, en particular, presentará a Jesús como el centro y mediador de la Creación (cfr. Col 1,15-17).

Por otro lado, queremos también presentar el tema de la autorrevelación de Dios en la historia del Pueblo. Parece claro que la idea de la creación nace en el Pueblo de Israel a medida que se va sintiendo elegido, liberado y conducido por Dios, a medida en que va creciendo su fe en el poder ilimitado de Dios⁵⁸. El encuentro presente con Dios (fe) hace posible la idea de la Creación (etiología).

El “Dios Padre Todopoderoso”, así confesado, fue ya vislumbrado por el Pueblo de Israel, porque Él así lo quiso; no hay nada ni nadie en el Antiguo Testamento que dé la idea de que alguien puede provocar la manifestación de Dios, como podía ocurrir con muchas de las religiones cercanas a Israel. En la base de esta percepción está la realidad de la inmediatez de Dios con su pueblo – “Yahvé en persona lo ha salvado” – que se manifiesta actuando en la historia, como el que elige y llama (mediación y mediadores, comprometiéndose con la salvación del hombre en una alianza eterna).

El presente capítulo tiene por objeto mostrar que la creación forma parte de la autorrevelación de Dios; es su exponente originario, la gesta originante nacida de la voluntad del mismo Dios que quiere dialogar con el hombre, el cual es constituido cima de la creación. Se presenta, pues, la creación como el primer paso de la historia salvífica de Dios que es, además, el que elige, convoca y se compromete en alianza con el hombre que ha creado.

⁵⁷ En el Antiguo Testamento tenemos dos relatos de la Creación: el uno de la tradición Yavista (Gn 2,4b-3,2-4), que es el relato más antiguo (aproximadamente del s. X antes de Cristo) y se centra en el tema del paraíso y el pecado. Y el otro, de la tradición sacerdotal (Gn 1,1ss; Is. 41,4; 44,6; 48,12) que data del periodo del exilio (ss. VI-V antes de Cristo). El relato Yavista parece una etiología histórica y aunque recoge elementos de las religiones circundantes tiene una clara intención “reveladora”. Los textos sacerdotales presentan la creación como un acto de la voluntad divina: Dios aparece como sujeto principal de los relatos; crea por su Palabra; al principio; hace todas las cosas buenas. El Deuterocanónico muestra que la creación tiene una estrecha relación con la historia de la Salvación y con la escatología. La literatura sapiencial recoge la idea de Dios como ordenador, gobernador y cuidador de todo.

⁵⁸ «Nuestro auxilio es el nombre del Señor que hizo el cielo y la tierra», Sal 134,8.

1. Sentido original de la creación

- *Motivo y fin de la creación.* Conforme al decir de la Sagrada Escritura y a la percepción clara de la Tradición cristiana y el Magisterio⁵⁹ hemos de decir que el mundo, la creación entera, ha sido querido por Dios⁶⁰. No es mero producto del azar, ni de un ciego destino, ni de necesidad alguna. Procede de la voluntad libre de Dios (cfr. Ap 4,11), de su bondad y de su amor por el que ha querido hacer partícipes de su ser a las criaturas. Por eso, todas las cosas creadas son buenas y están dotadas de consistencia y verdad⁶¹. Para crear libremente Dios no necesita ni ayuda, ni nada preexistente. La Escritura⁶² y la Tradición⁶³ dicen que Dios creó “de la nada” (“ex nihilo”), es decir «que Dios es el único fundamento del mundo»⁶⁴. «La creación “es la salida de todo ente de la causa universal que es Dios y a este modo de procedencia lo denominamos con el término creación” (S. Tomás, I q. 45 a 1); la creación es la producción de una realidad de acuerdo con toda su sustancia, sin presupuesto previo ninguno, sea increado o creado por algún otro. De donde se sigue que nada (ni nadie) puede crear algo sino sólo Dios, que es la causa primera (*Ibid.*, q. 65 a 3)»⁶⁵.

El fin de la creación es la revelación de la gloria de Dios y la «gloria de Dios es que el hombre viva y la vida del hombre es la visión de Dios», al decir de San Ireneo. Es decir, el fin último del hombre es Dios, la participación⁶⁶ de la vida Divina.

- *Diferencia Dios-creación.* Nada del mundo es Dios⁶⁷. Los astros, la tierra, el mar, la luz, los animales, el hombre son criaturas de Dios. No hay dioses⁶⁸ en el mundo, ya sean cosas que pertenezcan a la naturaleza o sean conquistas del esfuerzo humano: ni el dinero, ni la técnica, ni la actividad humana, ni el placer... nada de esto es Dios. Dios no es el mundo, aunque el mundo es para nosotros la posibilidad, a la vez que el límite, para hablar de Dios. El mundo es limitado, finito, pero el hombre puede formarse el concepto de un ser infinito al que llama Dios y, de momento, tiene mucho de misterio. «La omnipotencia creadora no puede ser medida con el metro de nuestros conocimientos, y en cualquier caso, no puede ser limitada por nosotros en sus infinitas

⁵⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 293-295.

⁶⁰ “...por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo”, cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 2.

⁶¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral “Gaudium et Spes”*, n. 36.

⁶² Cfr. 2M 7,28; Rom 4,17.

⁶³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 296-298.

⁶⁴ Cfr. *Ibid.*, n. 279-289.

⁶⁵ Cfr. G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 199.

⁶⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 2.

⁶⁷ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 300.

⁶⁸ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *En camino hacia el Reino de Dios*, Quito 1996, n. 338-341.

posibilidades: Dios es Dios y la criatura no es Dios, como quiera que se plantee esta relación entre Creador y criatura»⁶⁹. En la creación Dios aparece como infinitamente distinto del mundo⁷⁰; el hombre aparece como criatura y como destinatario de la autorrevelación de Dios; y el mundo es el espacio vital del hombre y un medio por el que Dios manifiesta su gloria y su poder.

¿Y el mal?⁷¹ Si confesamos, como lo hacemos, que Dios es creador de todo y todo lo que ha creado Dios es bueno, ¿de dónde procede, entonces, el mal? «La afirmación fundamental de la interpretación bíblica de la historia dice: Dios no quiso el mundo ni lo hizo tal como lo hallamos ahora en su realidad concreta. Dios quiere la vida y no la muerte; aborrece la injusticia, la violencia y la mentira. No desea que el hombre sufra, sino que alcance la felicidad en la comunicación con Él. Para expresar esta voluntad y este plan originario de Dios la Biblia relata la historia del paraíso»⁷². El misterio del mal no tiene explicación fácil. Sin embargo, está claro para la doctrina de la Iglesia que el mal moral viene del hombre, de su voluntad creada libre: «Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte» (Rom. 5,12). Mirado desde Jesús, Nuevo Adán, el misterio del pecado y del mal adquiere sentido y lugar: Jesús, a través del sufrimiento y la muerte en cruz, por su resurrección, ha roto el poder del mal y de la muerte.

- *Conservación del mundo (presencia activa de Dios)*. Dios conserva⁷³ y cuida del mundo y guía la historia al darse a conocer como origen, fin y centro de toda la creación. La creación no es sólo un hecho del pasado, sino algo dinámico, que se actualiza, continuamente, pues Dios, que como diferente de la realidad creada es trascendente, es también, en virtud de su acción creadora, immanente. Dios al crear incluye al mundo en su actualidad divina: y esto significa que el mundo creado actúa en función de sus principios inmanentes. Por ello, la intervención de Dios no es algo que se quedó en la creación del mundo, en su origen, sino que su actuación sigue presente. Además, esta presencia activa de Dios no excluye la acción del hombre sobre la tierra; antes bien, constituye su razón última. El hombre tiene un papel protagónico en la Creación⁷⁴. Diferenciándose de todo lo creado, Dios está presente íntimamente a todas las cosas; como fundamento, como conservador y como orientador de todo para que todo concurra para el bien y la meta final del hombre, contando, claro está, con la libertad del hombre. Dios no ejerce una influencia mensurable sobre la libertad del hombre, porque

⁶⁹ Cfr. B. FORTE, *Breve introducción a la fe*, Madrid 1994, p. 34.

⁷⁰ Cfr. G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 157-221.

⁷¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 309-314.

⁷² Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o.c.*, p. 136.

⁷³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 301ss.

⁷⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 301ss.

la limitaría; Dios ejerce una influencia universal sobre la libertad humana cuando sale a su encuentro como motivo de su acción.

2. *El hombre cima de la creación*

«Dios creó todas las criaturas pensando en el hombre»⁷⁵, más aún, la creación está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, dice el Concilio⁷⁶. Este hombre es el culmen de la creación. Porque la primera, fundamental y universal afirmación de la revelación divina, acerca del hombre, establece: el hombre es una criatura de Dios (cfr. Gen 1,17; 2,7). Y esta criatura está constituida exclusiva y globalmente por una relación trascendental a Dios como su origen y su fin⁷⁷.

El hombre se concibe a sí mismo en su identidad relacional a partir de su referencia constitutiva a Dios. Y se percibe como persona subsistente (dueña de sí) para la libertad. Esta constitución del hombre le permite ser “oyente de la palabra” o destinatario de la acción libre que Dios lleva a cabo en la historia para su bien (“*potentia oboedientialis*”). Por libre decisión de Dios, el hombre es creado como «imagen y semejanza de Dios» (Gn 1,26-27; 5,1-3; 9,6ss.). De nada más de lo creado se hace esta consideración. Es decir, es alguien entrañablemente familiar a Dios, su doble, su icono, y en consecuencia, persona, sujeto dialogal referido a Él. Dios quiere revelarse y comunicarse con la Creación, por eso, la Creación de Dios culmina en el hombre como ser espiritual y dotado de autotranscendencia en quien Dios hace posible la comunicación. La relación creadora de Dios no forma parte de la esencia divina, sino que brota libremente de su voluntad (independencia y libertad de Dios). Pero, sin embargo, la relación de la criatura al creador es algo esencialmente constitutivo. El hombre existe en virtud de la voluntad divina y, por eso, participa del ser de Dios, que en este sentido está cerca (inmediatez) de todas las cosas creadas e internamente presente en ellas. El hombre ha sido creado para la inmediatez con Dios. La manera que tiene el hombre de participar del ser es su naturaleza espiritual (referencia a Dios). «El alma humana recibe por medio de la autocomunicación espiritual de Dios Padre, de su Palabra y de su Espíritu Santo, una “similitudo trinitatis”. De este modo queda dispuesta para una correalización de la vida trinitaria de amor divino...»⁷⁸.

Es el acto creador de Dios el que ha hecho al hombre y que éste pueda hacer de Dios “el tema, horizonte y fin de su autorrealización”, como ser personal; porque Dios es la plenitud de autotranscendencia del

⁷⁵ Cfr. CONCILIO VÁTICANO II, *Constitución pastoral “Gaudium et Spes”*, 39; también, *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 355-379.

⁷⁶ Cfr. CONCILIO VÁTICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, 48.

⁷⁷ Cfr. al respecto G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 109-122 y 157-223.

⁷⁸ Cfr. G. L. MÜLLER, *o.c.*, p. 200, donde hace una referencia explícita al Decreto “*Laetentur coeli*” del Concilio de Florencia.

espíritu humano. Y, desde aquí, vemos que la creación es autoapertura de Dios. Es el inicio de la historia de la comunicación humano-divina. Esta comunicación se resiente cuando el hombre, libre, se aparta por el pecado⁷⁹. Y, con él, la creación entera se pervierte y pierde el horizonte de ser⁸⁰. «El pecado (original) es, en definitiva, el acto espiritual interno que reconoce la referencia de la criatura a Dios porque, en estricta oposición a ella, rechaza la autotranscendencia natural de la libertad y se niega, por tanto, a aceptar la auto-oferta de Dios. En consecuencia, el pecador no sólo incurre en una oposición a Dios, sino también en una oposición a sí mismo. El distanciamiento de Dios convierte al hombre en pecador y le entrega a la corrupción, la esclavitud y la perdición (Rom 8,19-21) y a la muerte, que es el salario del pecado (Rom 6,23). El hombre está, ahora, dominado por la ley del pecado y de la muerte (Rom 8,22)»⁸¹.

A consecuencia del pecado del hombre en el mundo creado no puede ser ya el medio adecuado de encuentro con Dios. Ese medio adecuado es Jesús, Palabra de Dios que sale al encuentro del hombre pecador, como Dios redentor. Él es la nueva Creación y la consumación de la naturaleza espiritual en su autotranscendencia hacia la inmediatez de Dios. «En la palabra eterna de Dios encarnada y en el Espíritu Santo de Dios derramado en los corazones participan los agraciados de la autorrevelación y la autoafirmación de Dios, acontecidas y mediadas bajo la modalidad de historia de la salvación. Ahora, la única vía de acceso a Dios creador pasa por la presencia de Dios en Jesucristo y en el Espíritu Santo. Dios sólo es conocido como creador, en el pleno sentido de la palabra, a través de y por medio de su actividad redentora en Jesucristo»⁸².

3. La creación: originaria autorrevelación de Dios y obra de la Trinidad.

«Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo en las cosas creadas»⁸³. Esta palabra de la Constitución *Dei Verbum* expresa claramente la intención de mostrar la creación como autotestimonio o autorrevelación de Dios, recogiendo la misma idea que sugieren los relatos bíblicos. Se desprende de ella que a Dios se le conoce a través de sus obras. La Creación como obra en la que Dios pone todo su ser y toda su acción, como autor absoluto, manifiesta y revela su «poder eterno y su divinidad» (Rom 1,19ss). Dios se deja conocer por la razón

⁷⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 385-390.

⁸⁰ Cfr. *Ibid.*, n. 309-314.

⁸¹ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 132.

⁸² Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 219.

⁸³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, 3.

humana a través de la creación⁸⁴. Y así lo percibe el hombre desde su experiencia vital; en la pregunta que se hace por el origen de sí mismo y del mundo aparece Dios como misterio y como respuesta. Por eso, podemos hablar de autorrevelación. El mundo es un medio de la Revelación de Dios, de su gloria y de su poder. Para percibir correctamente este dato, es necesario situarse bajo la órbita global de la autocomunicación plena de Dios al hombre en – el mediador – Cristo.

Si miramos a Dios desde el Pueblo de Israel, desde su fe en la presencia eficaz de Dios en su camino de liberación, descubrimos al Dios Creador; si lo miramos desde más cerca, desde Jesús los descubrimos Dios creador y Padre de Jesús de Nazaret. Y, desde el Nuevo Testamento, el concepto de la creación se ve enriquecido con nuevas aportaciones. El Hijo como mediador de la creación, Dios Trino como origen y fin de la Creación, la consumación del mundo al fin de los tiempos, en orden a Jesús (cfr. Col 1,15-16). Hablamos de la Creación como obra de la Trinidad⁸⁵.

«La Creación se relaciona, ante todo, con el Padre, principio de la vida: de la inagotable fuente de la divinidad recibe su origen todo lo que existe; de él es “toda paternidad en el cielo y en la tierra” (Ef 3,15). Por eso, de Dios Padre confesamos que es “todo poderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible”⁸⁶. El Hijo, que es la «Palabra eterna del Padre» (Jn 1,3) es el mediador de la creación y, con ello, el revelador de la relación trinitaria a la creación. En cuanto Hijo, hecho hombre es el mediador de la Redención⁸⁷, que orienta el mundo creado hacia su consumación soteriológica y escatológica (cfr. 1Cor 8,6; Col 1,15-20; Hebr. 1,1-3). «El Espíritu Santo colma las distancias entre el Creador y cada una de sus criaturas garantizando que todo lo que es creado por el Padre amante en la acogida del hijo amado es también constitutivamente unido a ellos en el vínculo del amor. Gracias al Espíritu es posible decir que donde hay ser hay amor, y que todo lo que existe en el enlace eterno de la caridad divina ha sido y será eternamente amado»⁸⁸.

La creación entera, pues, es obra de la Trinidad. El Padre produce el mundo como creador, el Hijo como creador por su palabra y como protomodelo de todo lo creado y el Espíritu Santo crea el mundo en cuanto ordenado a participar del amor de las divinas personas: la Revelación de la trinidad es importante para conocer correctamente la creación y también la redención.

Pues bien, por esta obra de la Trinidad, que es autorrevelación y testimonio de Dios, el hombre puede llegar al conocimiento de Dios,

⁸⁴ Cfr. G.L. MÜLLER, *o.c.*, p. 157-158.

⁸⁵ Dios es autor de todas las cosas (Rom 4,7); todas las cosas están ordenadas a Él (Ef 1,4); da la vida y aliento a todas las cosas (Hech 17,22ss); cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, p. 290-292.

⁸⁶ Cfr. B. FORTE, *o. c.*, p. 33.

⁸⁷ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 179.

⁸⁸ Cfr. B. FORTE, *o. c.*, p. 33-37.

por su capacidad natural⁸⁹ y como constitutivamente oyente de lo que Dios revela: «Confiesa el santo Concilio “que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, partiendo de las criaturas” (cfr. Rom 1,20); pero enseña que hay que atribuir a su revelación “el que todo lo divino que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana lo pueden conocer todos fácilmente, con certeza y sin error alguno, incluso en la condición presente del género humano”»⁹⁰.

4. La revelación de Dios al Pueblo de Israel

Estudiamos la revelación de Dios al hombre, desde la elección y la llamada al Pueblo de Israel, como acontecimientos y palabras importantes en la historia de la Salvación, Elección y llamada que se hace patente, al principio, en personas concretas (Abrahán, Moisés...) y, más tarde, en la alianza establecida entre Dios y el Pueblo: «tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios». Dios se manifiesta para cumplir su palabra y llevar a cabo la promesa hecha al hombre, la promesa de la salvación.

En esta manifestación, Dios aparece con unos rasgos determinados: santidad, misericordia, paternidad... En la experiencia de la revelación de Dios a su pueblo y a los antepasados, Israel entiende que Dios no es solo santo y misericordioso, sino también uno y único: «no hay otro Dios fuera de mí»; y, en consecuencia, es el mismo Dios que ha creado el universo y dirige la historia.

Revelación de Dios en la elección. La elección es la acción inicial por la que Yahvé entra en relación con su pueblo. En el Antiguo Testamento, aparece Yahvé continuamente eligiendo y llamando a hombres concretos. Su palabra se adelanta siempre para proponer alianza⁹¹ (Noé, Abrahán, Moisés, Josué, los profetas...) a hombres concretos y éstos se convierten en interlocutores de Dios para el pueblo: no se trata de revelaciones particulares⁹², sino de revelación de Dios al pueblo por mediación de los elegidos.

La primera elección la encontramos en la historia patriarcal, concretamente en la vocación de Abrahán⁹³. La elección de Yahvé parte de su libre iniciativa, actúa libremente. La elección de Abrahán inicia la historia patriarcal, y va acompañada de una promesa de bendición (cfr.

⁸⁹ Dios ofrece a todo hombre la posibilidad de conocerlo: cfr. Sab 13,1-9; Rom 2,14ss; Hech 14,14-16.

⁹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 6; cfr. también Dz 1785-1786.

⁹¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 56-58.

⁹² A pesar de que el Antiguo Testamento hable de locuciones y sueños y adivinaciones... cfr. A. NOVO, *o. c.*, p. 57-58.

⁹³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 59-61.

Gen 12,1-3). Dios escoge a Abrahán y a su descendencia, pero no es el heredero natural el que lleva necesariamente la bendición. En cada generación Dios designa un nuevo elegido: Isaac, Jacob... La elección de Abrahán precede a la alianza con Yahvé y le separa de su pueblo, tierra y dominio cultural. Abrahán es elegido para ser heredero de las antiguas promesas y bendición dadas por Dios con ocasión de la creación (cfr. Gen 3,15) y de la alianza con Noé (cfr. Gen 9,17). La elección de Moisés (cfr. Ex 3,1-9) precede a la alianza de Yahvé en el Sinaí (cfr. Gen 19,3-5). Dios escucha los gemidos de su pueblo en la opresión y sale a su encuentro para liberarlo del yugo del Faraón (cfr. Ex 2,24). La vocación de Moisés es la continuidad de la misma historia de la liberación que empezó con Abrahán, cuyo objeto es constituir al pueblo de Israel como una nación libre.

La elección de Yahvé, en el Antiguo Testamento, tiene tres notas que la configuran: la gratuidad, la irrevocabilidad y la misión, que es, fundamentalmente, la mediación de la Salvación de todo el Pueblo. Del mismo modo Israel, pueblo elegido, se irá configurando como instrumento de salvación para todas las naciones; en Israel, Dios elige a todos los pueblos, a la humanidad entera. Dios se va revelando en la mediación de sus elegidos y de su pueblo elegido.

Revelación del Dios de la alianza. La alianza⁹⁴ es el instrumento empleado por Dios para entrar en comunión de vida y amor con el hombre y revelar su designio salvífico. El término “alianza” (= “Berith”), empleado en el Antiguo Testamento, indica compromiso o promesa amorosa unilateral (cfr. 1Sam 18,3), cumplimiento de una serie de obligaciones (cfr. Ez 17,13ss.) o consenso bilateral (cfr. 1Re 5,26; 15,19) establecido entre dos partes (Dios y el pueblo). En la literatura profética, la alianza adquiere nuevas connotaciones. Así, Oseas la entiende como un vínculo matrimonial, un compromiso mutuo de entrega libre y amorosa y tan firme que ni la infidelidad del hombre la hace revocable. En el destierro de Babilonia con los profetas Jeremías, Ezequiel y el Deutero-Isaías, la alianza toma un sentido de eternidad; el Deutero-Isaías destaca la universalidad de esta alianza y la novedad de un Mesías que salvará mediante el sacrificio y el sufrimiento y no con la fuerza. Consistirá, pues, esta alianza en la renovación de los corazones y será escatológica para todos los pueblos, incluye a todas las naciones, ya no sólo al Pueblo de Israel.

El Antiguo Testamento ha expresado, con diversas imágenes, la dimensión salvífica de la alianza y su proyección en la historia de la Salvación: “matrimonio de Dios con Israel”⁹⁵, “Shalom con hombres y animales”⁹⁶, “nuevo jardín del Edem con ríos de agua viva”⁹⁷,

⁹⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, p. 62-64.

⁹⁵ Cfr. Os 2,21; Is 54,5; 62,5; 1Cor 11,2; Ef 5,23; Ap 19,7; 22,17.

⁹⁶ Cfr. Is 11,6ss; 35,9; Os 2,20.

⁹⁷ Cfr. Gen 2,10; Is 51,3; Ez 36,35; 47,1-2; Joel 4,18; Zac 14,8; Jn 4,1; Ap 22,1-3.

“reagrupación de Israel y regreso desde la diáspora a la tierra”⁹⁸, “nueva alianza del amor eterno de Yahvé y morada de Dios entre los hombres”⁹⁹, “peregrinación de los pueblos a Sión y adoración universal de Yahvé”¹⁰⁰, “día de Yahvé”¹⁰¹, “resurrección de los muertos y aniquilación de la muerte”¹⁰², “Reinado de Dios y de su Hijo el Mesías”¹⁰³, “Creación del nuevo cielo y la tierra nueva”¹⁰⁴, y “Efusión del Espíritu Santo”¹⁰⁵. La proyección salvífica, que proyectan estas imágenes, punta a la consumación de la alianza en el Mesías prometido: en Jesús.

Dios como Padre, en el Antiguo Testamento. La autorrevelación divina acontece gradualmente en el tiempo. Porque sólo a través del tiempo los hombres pueden aprender quién es Dios y quiénes son ellos mismos, llamados a existir. La identidad personal de Dios está expresada en su nombre. Cada nombre de Dios revela algo sobre la forma en la cual Dios se estaba gradualmente revelando al hombre. Dios era, por tanto, conocido a través de sus apariciones en la historia y a través del Pueblo, que había elegido.

El Antiguo Testamento reconoce a Dios como Padre, pero tal paternidad no se extiende nunca a todos los hombres. Que estos sean hijos de Dios no depende de su nacimiento o de su naturaleza, sino de la elección de Dios. Israel es reconocido como hijo de Dios o su primogénito porque Dios lo ha elegido entre todas las naciones como su propiedad. Por eso dice el Faraón: «Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Te ordeno que dejes salir a mi hijo para que me dé culto» (cfr. Ex 4,22ss). Moisés tuvo que recordar también al Pueblo que Dios había establecido una relación especial con Él: «¿No es El tu Padre, que te creó y te constituyó?» (cfr. Dt 32,6; 5,18-20).

Los mismos temas fueron repetidos después por los profetas. Oseas recoge el oráculo de Dios: «Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo» (cfr. Os 11,1). Jeremías presenta a Yahvé, que se dirige a su Pueblo diciendo: «Yo soy un Padre para Israel, Efraín es mi primogénito» (cfr. Jer 31,9; 3,14.22; Mal 1,6). Isaías restablece la ligadura entre elección y acción creadora. «Con todo, Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla, y tú eres el alfarero, todos nosotros somos obra de tus manos» (cfr. Is 64,7; 63,16). Algunas veces, el pueblo de Israel es tratado como hijo único; otras veces, todos los

⁹⁸ Cfr. Is 40,11; Jer 23,3; Ez 11,20; Zac 8,8; 10,6; 2Mac 1,27.

⁹⁹ Cfr. Is 55,3; Jer 31,31; 50,5; Bar 2,35; Ez 16,60; 37,26; Sal 111,9; Lc 22,20; 2Cor 3,6.

¹⁰⁰ Cfr. 1Re 8,41.60; Is 2,1-3; 11,10; 18,7; 19,24; 56,6-8; 60,11-14; 66,18-24; Jer 24,7; Ez 36,24; Míq 4,1-3; 7,12; Sal 86,9; Bar 2,13; Sof 2,9.

¹⁰¹ Cfr. Is 2,6ss; 13,4.13; Am 5,18; Abd 15; Joel 3,4; 4,9; Zac 12,9ss; Is 24-27.

¹⁰² Cfr. Job 19,25; Is 25,8; Dan 12,2; 2Mac 7,9.14; 12,43ss; Ez 37,12; Sal 16,10; Os 13,14; 1Cor 15.

¹⁰³ Cfr. 2Sam 7,16; Is 9,7; Dan 2,44; 7,13.

¹⁰⁴ Cfr. Is 65,17; 66,22; Ap 21,1.

¹⁰⁵ Cfr. Jer 24,7; 31,33; Ez 36,37; Is 32,35; 59,21; Joel 3,1ss; Sal 51,12; 73,1; 89,37; 104,30; Sab 10,17; Ag 2,5; Zac 12,10; Rom 5,5.

israelitas son considerados “hijos del Dios vivo” (cfr. Os 1,9; Dt 14,1; Is 1,2; 30,1.9). Los oráculos que expresan la paternidad de Dios por elección subrayan tanto la afectuosa preocupación de Dios por su pueblo elegido como la responsabilidad de este último frente a Dios.

Además del pueblo, en su conjunto, también el rey, que representaba al pueblo ante Dios, era llamado hijo de Dios. Así se ve en la profecía divina acerca de la posteridad anunciada a David por Natán¹⁰⁶. Este concepto de la filiación divina hunde sus raíces también en el Salmo 2, cantando durante el rito de entronización del rey: «Voy a proclamar el decreto del Señor. Él me ha dicho: “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”» (cfr. Sal 2,7). Aunque la ceremonia de coronación tomase aparentemente mucho de los ritos similares egipcios, el rey de Israel, a diferencia del Faraón, que era considerado como engendrado físicamente por el dios, era elegido por Yahvé. Sobre esta base se establecía la fidelidad y confianza, de manera que el rey pudiera dirigirse a Yahvé confiadamente en los momentos difíciles: «Él me invocará: “Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora”, y yo lo nombraré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra» (cfr. Sal 89, 27-28).

También algunos grupos o individuos, dentro del conjunto del pueblo de Israel, podían ser llamados hijos de Dios. Así llama el salmista a los justos¹⁰⁷ y Malaquías se dirige a los sacerdotes definiéndolos «hijos de Dios»¹⁰⁸. En el libro de la Sabiduría, el justo, que sigue la ley de Dios y practica la justicia, considera a Dios Padre propio y a sí mismo “hijo del Señor”¹⁰⁹. Esto no obstante, la filiación divina no corresponde al hombre al hombre por naturaleza o derecho; depende, en cambio, de la elección gratuita, por parte de Dios, de un ser humano que ya existe. Bajo estas acepciones aparece Dios como Padre, en el Antiguo Testamento. Algo completamente nuevo ocurrirá en la persona de Jesús. Queda, de momento, constatada la perspectiva veterotestamentaria no ajena a esta idea.

III. La plenitud de la revelación divina en Cristo

«Pues (Dios) envió a su Hijo, la Palabra eterna, que alumbró a todo hombre, para que habitara entre los hombres y les contara la intimidad de Dios (Jn 1,1-18). Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, habla las palabras de Dios (Jn 3,3-4) y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó (Jn 5,36; 17,4). Por eso, quien ve a Jesucristo, ve al Padre (Jn 14,9). Él, con su entera presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo

¹⁰⁶ Cfr. 2Sam 7,11-16; cfr. 1Cro 17,10-14; 22,810; 28,6ss.

¹⁰⁷ Cfr. Salm 73,15.

¹⁰⁸ Cfr. Malq 1,6; 2,10.

¹⁰⁹ Cfr. Sab 82,12-18.

con su muerte y gloriosa resurrección, y con el envío del Espíritu de verdad, lleva a plenitud toda la Revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna»¹¹⁰.

1. En la plenitud de los tiempos

La expresión «Jesucristo, plenitud de la Revelación» es de Pio XI, y la emplea por primera vez en 1937, en su Encíclica “*Mit brennender Sorge*”. Indica que en Jesús llega a su cumbre la autorrevelación de Dios. En él y por él alcanzamos la salvación; en él vislumbramos el verdadero rostro de Dios; en él y por él se derrama en nosotros el Espíritu Santo¹¹¹. Cristo es la cumbre de las palabras y los hechos de Dios que hacen su revelación. El hombre, que está capacitado para recibir la autocomunicación de Dios, porque en su más íntimo ser está abierto, tiende y busca desde las mismas raíces de su existencia el encuentro personal con Dios “cara a cara”, recibe este don de la revelación, según el orden de la economía de la Salvación, «por Cristo, la Palabra hecha carne»¹¹².

Muchas veces, y de diversas maneras, habló Dios a nuestros Padre por los profetas, – dice el comienzo de la Carta a los Hebreos –, ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo: «Al cumplirse la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer» (cfr. Gal 4,4). Estamos en el momento cumbre de la Historia de la Salvación. El «hoy se cumplen estas Escrituras que acabáis de oír» (cfr. Lc 4,16ss), que dice Jesús en la Sinagoga de Nazaret, significan una ruptura impresionante con todo lo anterior. Y ese “hoy” es Jesús, la Plenitud de los tiempos de la Salvación. Al enviar a su Hijo para que nos redimiera, el Padre lleva la historia de la salvación a su momento decisivo e insuperable. «Con la venida de Jesucristo se inaugura la efusión suprema de la misericordia de Dios en la comunicación de su vida por medio de su Hijo»¹¹³. Y esta es la fe de la Iglesia: «Creo en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado muerto y sepultado; descendió a los infiernos. Al tercer día resucitó de entre los muertos; y subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso. Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos»¹¹⁴. Y es que es el

¹¹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 4.

¹¹¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 516.

¹¹² Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática Dei Verbum*, 2; J. M. DE MIGUEL, *o. c.*, p. 157.

¹¹³ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *o. c.*, p. 356.

¹¹⁴ Cfr. Símbolo Niceno-Constantinopolitano, Dz 7.

misterio todo de la vida de Jesús donde se hace patente la autorrevelación definitiva de Dios.

2. Encarnación. Filiación. Revelación

«Dios envió a su Hijo (filiación) para que habitara entre los hombres (encarnación) y les hablara de su intimidad (revelación)»¹¹⁵.

Jesús, personaje histórico. Jesús de Nazaret fue un hombre inserto en el ámbito de la historia: no se trata ni de un mito ni de una leyenda. Es el hijo de María (cfr. Mc 6,3; Gal 4,4) y, por tanto, totalmente hombre. Al ser adoptado por José, Jesús entra en la línea de la promesa del esperado Mesías de la descendencia de David. Nació en Palestina, entre el año 7 y el 4 de nuestra era¹¹⁶, cuando reinaba en Judea Herodes el Grande y Octavio Augusto, en el Imperio Romano. Hasta el comienzo de sus actividades públicas, vivió en su pueblo, donde, al parecer ejercía de carpintero. Hacia los treinta años comienza su actividad pública predicando en Galilea, Judea y en Jerusalén el reino de Dios e invocando a la gente a volverse a Dios. Después de, aproximadamente, tres años es apresado y condenado por las autoridades judías que le acusaron de blasfemo y falso Mesías y por las romanas que le acusaron de sedicioso político. Fue condenado a morir en la cruz siendo gobernador romano de Judea Poncio Pilato, Caifás, Sumo Sacerdote, y Tiberio, Emperador de Roma.

Recordar todos estos datos nos lleva a la certeza de que la revelación de Dios a los hombres se asienta esencialmente en el carácter histórico de la revelación.

Ese Jesús es el Hijo de Dios (Dios encarnado). El hombre, creado por Dios para que se realizara como imagen suya por la vivencia del amor, se apartó desde el principio del plan primigenio de Dios y con su pecado convirtió el mundo en un campo de batalla¹¹⁷. Sin embargo, Dios no abandona la obra de sus manos. Reinicia, una y otra vez, el diálogo con el hombre, y, desde el principio, le promete el libertador y la victoria sobre el mal y la muerte (cfr. Gen 3,15). En los albores de la humanidad, un hombre y una mujer, junto al árbol del “bien y del mal”, cierran las puertas del paraíso y acarrear la perdición del género humano. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos» (cfr. Gal 4,4), el nuevo Adán, junto al árbol de la cruz, por su obediencia, volvió a abrir esas puertas. «Por nosotros y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo

¹¹⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 4. Lo contenido en los paréntesis no corresponde al texto del Concilio.

¹¹⁶ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 279-280.

¹¹⁷ Cfr. M. LEGIDO, *Misericordia entrañable. Historia de la Salvación anunciada a los pobres*, Salamanca 1986, p. 63-82.

hombre»¹¹⁸. «Nosotros creemos y confesamos que Jesús de Nazaret, nacido judío de una hija de Israel... es el hijo eterno de Dios hecho hombre, que ha “salido de Dios” (Jn 13,3), “bajó del cielo” (Jn 3,13; 6,63), “ha venido en la carne” (1Jn 4,2), porque “la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros...”¹¹⁹. Nos enfrentamos al misterio de la Encarnación: Dios toma cuerpo, el Hijo eterno de Dios se hizo hombre en el tiempo. Es una de las primeras confesiones de fe del Nuevo Testamento¹²⁰ y el tema central que la Tradición recoge, en seguida, en la doctrina de Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre¹²¹.

Ya hemos visto cómo Dios se fue manifestando como padre del pueblo, como padre de los justos, del Mesías, etc. En Jesús, que revela la intimidad de Dios, se desentraña el misterio de la paternidad de Dios. Suponemos que Jesús no ignora la tradición religiosa de la que forma parte; cabría, por ello, pensar, que su conciencia de filiación divina, expresada en los evangelios, no es sino un rasgo de la común conciencia religiosa de Israel, con la peculiar intensidad, que caracteriza a ésta. Sin embargo, hay que decir que, en su caso, esta conciencia revela una singularidad única: cuando Jesús habla de Dios como su Padre, lo hace con tal sentido de paridad que se aleja de cualquier otra experiencia religiosa anterior, de manera particular respecto del judaísmo, pues tal sentido entraba en colisión frontal con su monoteísmo radical. Sin embargo, la mejor prueba de que Jesús, ciertamente, dio este sentido a su conciencia de filiación respecto de Dios es que los judíos así lo entendieron, y, en consecuencia, así trataron de dar a Jesús la muerte propia de un blasfemo (cfr. Jn 10,33).

«Sólo desde la perspectiva de la Encarnación llegamos a saber en qué consiste, propiamente, revelación, puesto que “en la revelación Dios se apropia la palabra humana y se expresa en ella”: en la Encarnación Dios se apropia personalmente el ser humano y se expresa en él: la Encarnación funda, definitivamente, la verdad de que “Dios ha hablado a los hombres”... el aspecto misterioso de la revelación y de la encarnación es, fundamentalmente, idéntico: Dios desciende personalmente hasta el hombre para comunicársele a Sí mismo (manifestación-donación), apropiándose lo humano y expresándose en ello: el ser del hombre y su palabra son elevados a expresión personal del mismo Dios. Dentro de la analogía de los misterios es la encarnación la que da inteligibilidad a la revelación»¹²² y la máxima autocomunicación personal de Dios.

¹¹⁸ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 456-469.

¹¹⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 423.

¹²⁰ Cfr. Fil 2,6-8.

¹²¹ Cfr. los Concilios de Éfeso (431) y Calcedonia (451); cfr. también, CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 175ss.

¹²² Cfr. J. M. DE MIGUEL, *o. c.*, p. 167-168.

Jesucristo: revelado y revelador. «Enviado para hablarnos de la intimidad de Dios»¹²³. Jesús es presentado, en el Nuevo Testamento, como superior a cualquier profeta que haya existido. Así se aprecia en los relatos del Bautismo (cfr. Mc 1,8-12 y par.), en la Transfiguración (cfr. Mc 9,2-19 y par.), y de modo especial en la parábola de los viñadores homicidas (cfr. Mc 12,1-12 y par.). Jesús aparece no sólo como un gran profeta, sino como el Hijo predilecto del mismo Dios.

En su persona y en su mensaje se realiza la revelación definitiva de Dios, anunciada por los profetas¹²⁴. Jesús exige una adhesión incondicionada a su persona y vincula el destino del hombre a la toma de posición respecto de él mismo. Cosa que ni hubieran soñado los profetas, que hablaban en nombre de Dios: “Así habla Yahvé”, decían los profetas. Jesús dice: «Yo os digo...» (cfr. Mt 5,21-22.27-28.31-32). Y esto, porque su vivencia religiosa es absolutamente original: Jesús vive su relación personal con Dios como una relación de Hijo a Padre. Dios es “su Padre” (cfr. Mc 14,36; Lc 9,23; 10,21) y él es “el Hijo” (cfr. Mc 13,31; Mt 11,27; Lc 10,22). En el fondo de su conciencia, Jesús vivió la certeza de su relación filial con Dios.

«La encarnación es presentada como la venida del Hijo de Dios al mundo por la apropiación de la existencia humana pasible y mortal»¹²⁵. En el Evangelio de San Juan, se acentúa la encarnación como fundamento de la función reveladora de Jesús. El prólogo, lo presenta como el Revelador por excelencia, porque es su hijo único, la palabra eterna y personal del padre que se ha hecho hombre y así ha revelado el misterio de Dios su Padre (cfr. Jn 1,1-5.14; 10, 38; 14,6-12; 17,5-6), con el que se relaciona de una forma especial (*abba*) y a quien conoce en absoluta intimidad, como nadie (filiación y visión de Dios). Jesús es el hijo de Dios enviado por el Padre, para que lo revele a los hombres y así les dé la vida eterna.

Jesús es el revelador y el revelado, el revelador que se autorrevela y revelándose revela su divina filiación, revela al Padre. Y su autotestimonio es válido porque conoce y ve al Padre, porque vive y obra en absoluta comunicación de vida con él y porque recibe del mismo Padre lo que testifica. Esta función reveladora tiene su fundamento en la encarnación la cual, a su vez, se fundamenta en la filiación divina de Jesús, Hijo eterno de Dios Padre. Por ella, las palabras y acciones del hombre Jesús aparecerán como signos humanos del Hijo de Dios. Revelación y encarnación están íntimamente unidas. El dogma de la encarnación implica la afirmación de la plena divinidad (exclusión de todo subordinacionismo) y de la auténtica humanidad (exclusión de toda forma de docetismo) en Cristo y subraya el realismo

¹²³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 4.

¹²⁴ Cfr. Lc 7,28; 10,23-24; 11,20.29-32; 16,16; Mt 11,1-12; 12,28.41-42.

¹²⁵ Cfr. J. ALFARO, *Revelación Cristiana, Fe y Teología*, Salamanca 1994, p. 68.

de la unión de ambas naturalezas¹²⁶ en una sola persona, que es el Hijo eterno de Dios.

«Revelación divina, Palabra de Dios al hombre, Verdad divina expresada en palabras humanas, son fórmulas diversas de la misma misteriosa realidad, la encarnación: la verdad personal de Dios se apropia la naturaleza humana espiritual-corpórea y se expresa en ella, ante todo, en la experiencia espiritual de la filiación divina y, consiguientemente, en la actitud propia de Cristo como verdadero hombre, es decir, como ser espiritual-corpóreo. Esta expresión es revelación divina, porque es manifestación de Dios en sí mismo... El misterio de que las palabras humanas de Cristo serán revelación coincide con el misterio de que el hombre Jesús es el Hijo de Dios; la elevación de su mensaje humano a palabra de Dios coincide con la elevación de su naturaleza humana a humanidad de Dios. Encarnación y revelación son, fundamentalmente, un mismo misterio»¹²⁷.

3. Jesús, plenitud de la Revelación en sus palabras y en sus hechos

«Jesús habla las palabras de Dios (Reino) y realiza la obra de la Salvación (Misterio Pascual), que el Padre le encargó... con el envío del Espíritu de la Verdad»¹²⁸.

El Reino. Los Evangelios afirman que Jesús se presentó a sí mismo como el instaurador del Reino¹²⁹ de Dios y como el Salvador de los hombres, por quien Dios realiza su designio salvífico (dimensión soteriológica). Toda su actuación¹³⁰ (de palabra o de obra) gira alrededor del Reino o del Reinado de Dios. Él ha venido al mundo por el Reino, se identifica con su realidad, lucha por instaurarlo y, a causa de ello, afrontará la muerte.

El Misterio que revela el Reino es la presencia cercana de Dios; el misterio del amor del Padre, que es el protagonista de las palabras y las parábolas del Reino¹³¹. Esas palabras – juntamente con las palabras poderosas¹³², que acompañan a Jesús –, desvelan el rostro de Dios Padre y expresan una nueva manera de relación con él y con los demás¹³³; a la vez que van desvelando el rostro del Hijo, fortalecido en

¹²⁶ Cfr. B. FORTE, *o.c.*, p. 39-43.

¹²⁷ Cfr. J. ALFARO, *o.c.*, p. 88.

¹²⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Dei Verbum"*, 4.

¹²⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 541-556.

¹³⁰ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *o.c.*, p. 361.

¹³¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 546.

¹³² Cfr. *Ibid.*, n. 547.

¹³³ Por ejemplo, el "Padre nuestro" como la oración del Reino y las comidas de Jesús, signos de la llegada del Reino: cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 545.

la soledad de la presencia orante con el Padre y en el servicio a los más pequeños a quien el Reino es revelado por pura gracia¹³⁴.

Jesús, desde su pretensión, reclama para sí ser el mediador del Reino de Dios y, por consiguiente, la automediación de Dios bajo la forma de mediador humano. «El hecho de que Jesús se designe a sí mismo como “el Hijo” (Mc 13,32), sólo puede ser el eco de su respuesta a la llamada de Dios Padre, que quiere revelarse por su medio... La unión – creada por Dios – del hombre Jesús con Dios como “su Padre”, y la experiencia de haber sido constituido como hijo es la raíz fundamental de su proclamación y de su práctica del Reino de Dios»¹³⁵.

La muerte y la Resurrección. «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos»¹³⁶. Jesús, siendo “el Hijo”, muere en la cruz¹³⁷. Su muerte, que es fruto de su pretensión soteriológica¹³⁸ (Mesías, Unigénito de Dios, único Mediador-redentor) y un proceso en el que se entrelazan la traición y la entrega de los hombres (Judas, el pueblo, los ancianos y los sacerdotes del Sanedrín, las autoridades romanas) con el plan y la entrega que hace Dios de su Hijo y la propia auto-entrega de Jesús al Padre (anuncios de la pasión, las palabras de la Eucaristía...), se explica, en la medida de lo posible, solamente desde su Encarnación, desde la ascensión de la “carne de pecado”. Pero su muerte es conquista de la vida; y, precisamente, «cuando sea levantado hacia lo alto» (cfr. Jn 8,23; 12,32) se manifestará quién es Él; su origen de “arriba” (cfr. Jn 3,13).

«Encarnación sin muerte habría sido una farsa; encarnación sin resurrección habría sido un fracaso. Ambos son dos momentos internos a la encarnación del Hijo. El Hijo de Dios se hace hombre para morir, pero muere para dar vida. Esto quiere decir que su muerte es, en sí

¹³⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 544, y que encontramos en Mt 11,25.

¹³⁵ Cfr. G.L. MÜLLER, *o. c.*, p. 288. Resume además: «La autoridad y la misión de Jesús tienen su fundamento en su intransferible relación con Dios, su Padre, y en la conciencia de haber sido llamado a ser el “Hijo”. Por consiguiente, la venida del reino de Dios no está relacionada de manera meramente accidental con la persona y la historia de su mediador. Se le ha confiado de tal modo la “basileia” del Padre, que existe exclusivamente a partir de ella y para ella y se debe total y enteramente a la voluntad de autocomunicación de Dios. Jesús mismo, es esta voluntad de autocomunicación y, por tanto, la revelación del Padre convertida en hombre. En cuanto hombre en la historia, Jesús es el símbolo del reino del Padre, un reino que tiene una meta, la salvación del hombre. Dios se ha revelado siempre y únicamente a través de su existencia-a-favor-de en la creación, en la conclusión de la alianza y en la promesa escatológica de salvación (Ex 3,14). Y así, el hombre Jesús de Nazaret es la forma existencial histórica del fin de los tiempos de la existencia divina a favor de su pueblo. Orígenes definió esta situación con la expresión de que Jesús es la “autobasileia”, es decir, “el reino de Dios en su persona” (Comm. In Mt 14,7). Jesús es la autoexposición – que se realiza y se torna concreta y visible en el curso de la historia – del reino de Dios como salvación para todos los hombres», cfr. *Ibid.*, p. 291.

¹³⁶ Cfr. Símbolo Niceno-Constantinopolitano, Dz. 7.

¹³⁷ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 571-667.

¹³⁸ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 276. 281.

misma, origen de vida; muerte hacia la vida y, en primer lugar, hacia la vida plena, escatológica del que ha muerto para darnos esa vida. Si Dios ha enviado a su Hijo al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo (cfr. Jn 3,16-17), el propio Hijo no puede quedar bajo el peso de la condena y la muerte, sino que ha de ser salvado de la muerte para la vida consumada, junto al Padre (cfr. Hebr 5,7-9)¹³⁹. Nos encontramos aquí con el más impenetrable de los misterios de Jesucristo; porque la resurrección es la consumación trascendente de la encarnación, y de la vida, pasión y muerte del Dios-hombre. Imposible acercarse a este misterio sino mediante balbuceos y analogías. Esto se percibe ya en los relatos evangélicos y en las enunciaciones del kerygma primitivo, que presentarán la resurrección como la verdad salvífica fundamental que hay que anunciar y creer; expresión de la voluntad salvífica de Dios y del amor inmenso que siente por el hombre.

La resurrección es una nueva creación¹⁴⁰. Con la resurrección se abre un nuevo sentido de la realidad: Cristo-Espíritu¹⁴¹ ya estaba actuando en el mundo desde el principio (cfr. Gen 1,2). El resucitado revela en sí mismo el fin anticipado del mundo y el sentido radical de toda la creación. Si Cristo es el fin y el punto omega, el comienzo de todo está en función de él y por su causa ha sido hecho. Y el primer hombre no fue Adán, sino Cristo; Dios, en efecto, hizo al hombre en Cristo, o según Cristo, que es imagen del Dios invisible. Cristo, dirá San Juan, es el Logos: Mediador, Revelador y Salvador del universo.

Jesús es el Cristo (dimensión soteriológica de la resurrección) es el hecho fundamental que revela la resurrección de Jesús. «En él se ha revelado la esperanza de la gloria»¹⁴², el triunfo sobre todo mal y toda muerte. Y esto es lo sorprendente: un hombre, además, crucificado, constituye la intervención escatológica de Dios, que trae liberación y salvación – «Cristo murió por nuestros pecados» (cfr. 1Cor 15,3) – de su finitud y de su mal a todo hombre de ayer, de hoy y de mañana.

La resurrección es el punto culminante de la autorrevelación del Dios y Padre de Jesús y, a la vez, de Jesucristo como hijo del Padre. Es el cumplimiento de la voluntad salvífica de Dios: el hombre redimido, en virtud del Mediador de la Nueva Alianza, está llamado a realizar su relación filial con Dios y a imitar a Jesús en su obediencia; para esto ha recibido al Espíritu Santo, como primicia. Si el Reino de Dios, anunciado por Jesús, supone la cercanía de Dios para con el hombre, en su glorificación, esta cercanía alcanza la máxima intimidad posible para una criatura, intimidad que consiste en una comunión perfecta con Dios y en una participación plena de su vida, lo que exige una elevación de

¹³⁹ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *o. c.*, p. 390; cfr. también, *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 609; 653; 2606.

¹⁴⁰ San Pablo identifica al «Dios que llama al ser a lo que no es» con el «Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos», cfr. Rom 4,17-24; 2Cor 1,9; Hebr 11,19.

¹⁴¹ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *o. c.*, p. 411.

¹⁴² Cfr. B. FORTE, *o. c.*, p. 41.

la naturaleza humana de Cristo por encima de sus posibilidades creaturales. Así es como se revela el Cristo glorioso en las apariciones, participando plenamente del poder y de la vida de Dios.

Jesucristo es la plenitud de la revelación – «Mediador y plenitud de toda revelación», que dice el capítulo primero de la “*Dei Verbum*” – «porque en él Dios nos ha dado todo: nos ha dado el conocimiento de su paternidad – y en qué sentido es Padre –, el misterio de la redención, la nueva alabanza basada en la ley de la caridad...»¹⁴³. En Jesucristo se manifestó toda la plenitud de Dios (Col 1,9), para consumir y recapitular todas las cosas (Ef 1,10).

La autorrevelación de Dios en su Espíritu. En el acontecimiento de la revelación de Dios no se presenta al hombre sólo mediante su Palabra, sino también mediante la oferta de sí mismo, en cuanto que se hace íntimamente comunicable. «Lo que sale de la esencia más íntima de Dios y se comunica y penetra en la más profunda autorrevelación del hombre es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Dios mismo, en cuanto que actúa en la creación, en la historia de la Salvación, en la redención por medio de Jesucristo y en la consumación del hombre en la resurrección de los muertos y comunica la vida de Dios. Es el Espíritu de Yahvé, el Espíritu de Dios, Padre de Jesucristo»¹⁴⁴.

El Espíritu posibilita el conocimiento de Jesús como Hijo de Dios y como Mediador y Señor de la Revelación en la historia de la Salvación, por eso es, y hablamos, del Espíritu del Hijo y del Espíritu de Jesucristo. La obra del Espíritu no puede separarse de la de Cristo. «Solamente en Cristo y a través de Cristo, es capaz el Espíritu de hacer comprender cómo Dios es providente, es caridad, es el único verdadero Padre, es aquel que nos ha redimido, el que ha entrado en su alianza en nuestra historia»¹⁴⁵. Es en Pascua y en Pentecostés donde el Espíritu Santo se da a conocer, aunque eso no quiere decir que no se manifestó antes actuante como signo de vida y de comunión.

4. No hay que esperar otra Revelación

«La economía cristiana, por ser alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor»¹⁴⁶.

Tradicionalmente, se decía que, con la muerte del último de los Apóstoles, concluye la revelación cristiana; hoy, se prefiere afirmar que el acontecimiento Cristo, que incluye Pentecostés y la primera

¹⁴³ Cfr. A. NOVO, *o. c.*, p. 245.

¹⁴⁴ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 391.

¹⁴⁵ Cfr. T. GOFFI, «Hombre espiritual», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 640.

¹⁴⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 4.

proclamación del kerygma, es el momento culminante de la revelación cristiana. Con Jesús, la revelación divina llega a su cumbre y con él se cierra la revelación constitutiva. Porque no cabe esperar otra revelación superior a la de la venida de la Palabra de Dios hecha carne, muerta y resucitada. Dios se nos ha dado de manera insuperable. Actualmente opera en el mundo esta intervención divina, pero, al final de los tiempos, con la “*parusía*” o segunda venida del Señor en gloria y majestad, se desplegará totalmente el misterio de Dios¹⁴⁷.

En la plenitud de los tiempos llega a su culmen la autorrevelación de Dios¹⁴⁸. La Encarnación supone que la Palabra eterna habita entre los hombres y revela la intimidad de Dios (cfr. Jn 1,1-18), hablando las palabras de Dios y realizando la obra de la salvación que Dios Padre encomendó a su Hijo. Por eso, quien ve a Jesucristo, ve al Padre. «Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna»¹⁴⁹.

Con lo cual, se puede concluir con San Juan de la Cruz: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes, en partes, a los profetas, ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa alguna o novedad»¹⁵⁰.

Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos. A lo largo de la historia ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Estas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de mejorar o completar la Revelación definitiva de Cristo, sino que pueden ayudar a vivir el misterio de la fe revelada en un determinado momento. La fe cristiana no puede aceptar revelaciones que pretenden superar o corregir la Revelación de la que Cristo es la plenitud (Revelación constitutiva).

¹⁴⁷ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 66-67.

¹⁴⁸ Cfr. Hebr 1,1-2: «Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas. Ahora, en esta etapa final nos ha hablado por el Hijo».

¹⁴⁹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, 4.

¹⁵⁰ Cfr. SAN JUAN DE LA CRUZ, 2S 22,3-5.

IV. La Iglesia, fruto de la revelación y de la fe

«El Padre eterno [...] dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia. Esta “familia de Dios” se constituye y se realiza gradualmente a lo largo de las etapas de la historia humana, según las disposiciones del Padre; en efecto, la Iglesia ha sido prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos»¹⁵¹.

1. Presentación temática

Entrañablemente unida a la reflexión anterior, presentamos también la presente reflexión sobre la Iglesia. La Iglesia nace de la obra salvadora, redentora y justificadora de Jesucristo¹⁵². Redimidos y justificados, los cristianos son incluidos en un nuevo pueblo: la Iglesia, que implica el asentimiento comunitario de los fieles a la revelación de Dios hecho en la fe y corroborado por el bautismo. La Iglesia, por su dimensión trinitaria y sacramental, actualiza en la historia la revelación, el misterio de Cristo y la acción del Espíritu Santo. Es decir, en la Iglesia se opera la dimensión dinámica de la Revelación.

El misterio de Cristo – Verbo encarnado, que es la revelación del misterio íntimo de Dios entre los hombres y la realización de la salvación de todos – es el fundamento de la fe y de su dimensión comunitaria que se vive en la Iglesia: es un acontecimiento salvífico ofrecido a todos los hombres (cfr. 1Tim 2,4). La aceptación de esta oferta universal de salvación es la fe: por ella, los creyentes son consagrados y entran a formar parte de la Iglesia, comunidad de los que creen en Cristo y expresión visible de la dimensión comunitaria de la fe, derivada de su fundamento cristológico. La Iglesia es trinitaria, en cuanto que sus miembros confiesan al único Señor Jesús por el impulso del Espíritu Santo en camino hacia el Padre, origen y meta de todo lo que existe. El “yo creo” de la confesión personal tiene lugar y alcanza toda su fuerza y significación en el seno de la Iglesia. De ella recibe el creyente la fe, y, con la profesión de la fe, se hace Iglesia. Por otro lado, la verdad del acontecimiento salvífico es verificada y verificable por la Iglesia: no es cosa de uno sólo, sino de la Iglesia entera con sus misterios (constitución jerárquica de la Iglesia). Con lo cual, tenemos ubicada la Iglesia y centrada entre los dos polos de nuestro trabajo: la revelación y la fe.

La pretensión de Jesús, que describen los Evangelios y es transmitida por la Iglesia del Nuevo Testamento, consiste en el anuncio

¹⁵¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 759.

¹⁵² La Iglesia es la luna del Sol Jesús, cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 748.

e instauración del Reino de Dios en la tierra; es decir, en la manifestación y realización del designio salvador de Dios sobre el hombre. El modo cómo Jesús realiza esta pretensión consiste en la convocación de un pueblo en torno a él, estableciendo unos vínculos radicales de vida y destino entre sus miembros con su propia persona, que posibilita el acceso a la comunión con Dios y, así, su ofrecimiento a los demás hombres. Esta misión histórica de Jesús culmina con su Misterio Pascual, que da paso a una nueva forma de presencia entre sus discípulos, ahora como Cristo glorificado, y al don pleno de su Espíritu sobre ellos, de manera que los vínculos que constituyen a la comunidad fundada por él alcanzan así todas sus posibilidades. De este modo, la Iglesia adquiere su forma histórica definitiva como lugar donde se anuncia y realiza la salvación del hombre. La comunidad que surge del acontecimiento de Pascua interpreta, pues, su propia existencia como cumplimiento y, a la vez, como prolongación histórica de la pretensión de Jesús. De esta manera, cumple la misión para la que existe en la medida en que vive la comunión con Cristo y, desde aquí, la ofrece a los demás hombres.

En las confesiones de la fe, la Iglesia, aparece como sujeto de la fe (“creo, creemos”) y como contenido de la fe en Dios y en su acción salvífica (“*Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica*”). La Iglesia no cree en sí misma; cree en Dios y se entiende en la fe como fruto de la voluntad salvífica de Dios que actúa en la historia. Cree en Dios que la ha convertido en instrumento de su voluntad salvífica universal.

No pretendemos, ni mucho menos, afrontar todos los temas de interés de la Eclesiología. Simplemente, trataremos de reflexionar sobre los que estimamos interesantes para poner en consideración el marco de la revelación, – tal y como la vamos presentando –, y la fe.

2. Iglesia y Revelación

En la persona de Jesús, como representante de Israel, en su proclamación del Reino de Dios y en su muerte y resurrección, se revela su misión de Hijo de Dios y llega a su plenitud la relación Padre-Hijo entre Dios y su Pueblo. Todos los hombres participan, en virtud de la fe en Jesús, de su misma filiación, y así, en el misterio de la mediación universal de Jesús, queda constituido el nuevo pueblo de la alianza escatológica: la Iglesia¹⁵³.

«La Iglesia es el pueblo fundado históricamente en Jesucristo mediante la autocomunicación trinitaria Divina»¹⁵⁴. Desde el punto de vista histórico salvífico, la Iglesia tiene su origen en la autocomunicación de Dios Trino. Es así la Iglesia, obra de Dios, que se

¹⁵³ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 257-258.

¹⁵⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 579.

revela. En cuanto comunidad visible se fundamenta en la obra salvífica de Jesucristo y se basa en la efusión del Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia brota del acontecimiento central de la revelación, que es Jesucristo, y de la confesión de fe en el Espíritu Santo. Con lo cual, se pone de manifiesto que la esencia y la misión de la Iglesia están determinadas para la autoapertura de Dios Trino en la historia, de la que la misma Iglesia da testimonio para la salvación de todos (cfr. Hech 20,28).

La doctrina sobre la Iglesia se corresponde con la de la autorrevelación de Dios, que constituyeron, originariamente, al pueblo de la Alianza; y se enmarca dentro de la asimilación de la revelación en el curso de la historia. La Iglesia, como comunidad de fe y confesión del Espíritu Santo, es la forma de la actualización de la autocomunicación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y, a la vez, señal de su voluntad salvífica para todos los pueblos. Y podemos decir, también, que la Iglesia es la síntesis de la acción divina que elige y de la obediencia humana, que acepta.; de la revelación divina, del testimonio humano y de la confesión de fe¹⁵⁵. La entrada a este pueblo la garantiza sólo la fe en Jesús, que se hace operativa en el bautismo y se vive en la comunidad visible de la Iglesia de la tierra, comunidad institucional y jerárquica¹⁵⁶, y se consuma en la Jerusalén celestial.

La Iglesia no es una asociación humana cualquiera; su ser y su misión sólo se entienden en el horizonte universal de la autocomunicación de Dios Trino en la Creación, la Redención y la Consumación final. En cuanto a su origen y estructura, la Iglesia deriva de la Trinidad económica y de la elección del pueblo de la Alianza por Dios, que es Padre y origen de la historia de la Salvación. En cuanto tal, tiene su fundamento en Cristo y en el Espíritu Santo.

La Iglesia se entiende a sí misma, en su esencia, en su constitución, en su existencia y en su misión, como el resultado visible de la voluntad salvífica universal de Dios, que se ha convertido, en Jesús, en realidad histórica, en medio de la historia. Es comunión-comunidad de confesión y de vida de los discípulos y, en cuanto tal, señal e instrumento de la voluntad salvífica de Dios.

3. Origen permanente de la Iglesia

Jesucristo, único fundamento de la Iglesia. El único fundamento de la Iglesia es la obra salvífica de Dios, acontecida de una vez para siempre, en Cristo (1Cor 3,11). Jesús fundó la Iglesia en sentido amplio, es decir, en el sentido de que está fundada en el acontecimiento de Cristo; acontecimiento que hunde sus raíces en la elección del

¹⁵⁵ Cfr. *Ibid.*, p. 595.

¹⁵⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 771.

Pueblo de Dios, en el Antiguo Testamento¹⁵⁷, en el obrar de Jesús, en la proclamación del Reino y la reunión de los discípulos, mediante su llamada a la conversión y el seguimiento..., en la institución de la Cena, en la cruz y la resurrección, en la efusión del Espíritu Santo y en el hecho de que todo este camino está dirigido a la plenitud en la parusía del Señor¹⁵⁸.

La Iglesia tiene, en la elección y en la historia de Israel, su presupuesto histórico-salvífico permanente. Este pueblo se sintió acogido por Dios, no en virtud de su grandeza sino de la gracia de Dios; y este pueblo es, también, representante de todos los pueblos de la tierra. “La congregación del pueblo de Dios está prefigurada desde el principio del mundo. Comienza en el momento en que el pecado destruye la comunión del hombre con Dios y de los hombres entre sí. La reunión del pueblo de Dios es, por así decirlo, la acción de Dios contra el caos causado por el pecado”¹⁵⁹. La preparación de este pueblo comienza en Abrahán – o también podemos decir en Abel – a quien Dios promete una gran descendencia; se consolida en la elección y en la alianza. Debido a la infidelidad de este pueblo, los profetas anunciarán una alianza nueva y eterna, que se cumplirá en un nuevo pueblo. Y, en el origen de ese nuevo pueblo, está Jesús. En Jesús, en su sangre derramada por todos para el perdón de los pecados, se establece la nueva Alianza, que Dios hace con su pueblo, un pueblo nuevo que brota del agua y de la sangre del costado del crucificado-resucitado.

Jesús proclama el Reino, de palabra y de obra (cfr. Lc 9,57-62; Mc 2,10ss; Mt 5,10-12; 18,3; Mc 8,34), y llama a algunos hombres como discípulos suyos y testigos de la cercanía del Reino. Elige, en especial, a sus discípulos (cfr. Mc 3,14-15; 6,7; Mt 10,7-8) como mensajeros suyos (apóstoles) a quienes envía y les confiere el poder de proclamar el mensaje del Reino de Dios. El número doce corresponde al número perfecto de las tribus de Israel; su ministerio tendrá un significado histórico-salvífico al convertirse en proclamadores del Evangelio después de Pascua; y su testimonio será normativo para toda la Iglesia.

Con inquebrantable fe en la llegada del Reino de Dios, Jesús asumió voluntariamente su muerte en la cruz como una “necesidad” impuesta, conforme a la voluntad salvífica de Dios, y cargó con los pecados de muchos (cfr. Is 53,12). En la Cena pascual, ofreció su cuerpo y su sangre como adelanto simbólico de la eficacia salvífica de su muerte expiatoria. Y, desde entonces, todos los que creen en Él, son

¹⁵⁷ «La Iglesia – pueblo de Dios peregrino en el tiempo – no nace de una convergencia de intereses humanos o del impulso de un corazón generoso, sino que es don de lo alto, fruto de la iniciativa divina. Pensada desde siempre en los designios del Padre, fue preparada por él en la historia de la alianza con Israel, para que, cumplidos los tiempos, fuese fundada gracias a la misión del Hijo y a la efusión del Espíritu Santo», cfr. B. FORTE, *o. c.*, p. 75.

¹⁵⁸ Cfr. COMISIÓN MIXTA CATÓLICO ROMANA-EVANGÉLICO LUTERANA, *Iglesia y Justificación. La concepción de la Iglesia a la luz de la justificación*, Salamanca 1996, p. 12-22.

¹⁵⁹ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 281.

redimidos del pecado. Entregado y colgado de la cruz se convierte en causa de «salvación para todos los que le obedecen» (Hebr. 5,9-10). Bajo la cruz de Jesús, se constituye la “primera comunidad”, integrada por dos mujeres y un discípulo, como figura de la Iglesia cuyo lugar de referencia es la cruz del Señor. Pero es la victoria de la resurrección la que da fuerza salvífica a su muerte como justificación de los pecados, reconciliación con Dios y nueva creación (cfr. Rom 4,25; 2Cor 5,18-21; 5,17; Rom 8,9-11; Ef 2,5ss; 1Ped 1,2). Antes de su ascensión al Padre, Jesús reveló a sus discípulos las Escrituras, les dio el encargo y el poder de proclamar a todos los pueblos el Evangelio de la conversión para el perdón de los pecados – como consecuencia del cumplimiento de las Escrituras – (cfr. Lc 24,47; Mt 28,16), y les envió el Espíritu Santo para que permanecieran en su amor (Pentecostés). Esta proclamación del Evangelio que hacen los Apóstoles, con la fuerza del Espíritu Santo, llama a los hombres al seguimiento de Cristo y va haciendo surgir la Iglesia¹⁶⁰, congregada por el bautismo y la Cena del Señor y presentada como “criatura del Evangelio”, en cuanto vive de él en la predicación, en los sacramentos y, en definitiva, en la aceptación de la fe.

En este último sentido, podemos decir también que los Apóstoles son el fundamento de la Iglesia, en cuanto ellos remiten al Evangelio y a Jesús, –según la tradición apostólica–, que es quien crea la Iglesia. Los Apóstoles recibieron de Cristo la revelación, y, del mismo modo, la Iglesia la recibe de los Apóstoles.

Desde esta perspectiva, podemos hablar de un origen gradual¹⁶¹ de la Iglesia: prefigurada desde el principio del mundo; preparada por la historia del pueblo de la antigua alianza; instituida por las obras de Jesucristo; realizada por su cruz y resurrección; revelada por el envío del Espíritu Santo; y presente en la Iglesia apostólica y ministerial, que fue naciendo y que, ahora, se expresa en la Iglesia católica, que preside en la comunión el Obispo de Roma.

Dimensión trinitaria de la Iglesia. La Iglesia dice relación, en cuanto su origen y su ser, a Dios Uno y Trino en su unidad diferenciada y recíproca de Padre, Hijo y Espíritu Santo¹⁶². La Iglesia es la comunión de los fieles, llamada a la vida por el Dios Uno y Trino y, por eso, una realidad humana y obra de Dios. La Iglesia es el Pueblo de Dios, el Cuerpo de Cristo y el Templo del Espíritu Santo:

****Pueblo de Dios:*** convocado y reunido por Él; de su propiedad; Pueblo de Dios en camino, – la perfección total no está conseguida, sino que se camina hacia ella como cumplimiento de la propia vocación: aspecto o dimensión dinámica de la Iglesia –; pueblo elegido de Dios entre los

¹⁶⁰ Cfr. W. LÖSER, «Iglesia», en: *Diccionario de Teología Dogmática*, Barcelona 1990, p. 338-340.

¹⁶¹ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 283. También, CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, n. 5.

¹⁶² Cfr. COMISIÓN MIXTA CATÓLICO ROMANA-EVANGÉLICO LUTERANA, *o. c.*, p. 37-60.

que confiesan e invocan a Jesús y, por eso, pueblo de la Nueva Alianza; Pueblo de Dios en medio de todos los pueblos de la tierra y, a la vez, pueblo único e indiviso, convocado por la misma fe y el mismo Bautismo, signo de la unidad futura de toda la humanidad; pueblo jerárquico. Y, al fin, pueblo sacerdotal¹⁶³, que en virtud de Cristo, único Mediador y Sumo Sacerdote, tiene acceso a Dios para interceder como Él por sus hermanos, en especial por los más pequeños de la tierra.

La Iglesia se diferencia, claramente, de todo otro grupo religioso, étnico, político o cultural de la historia. Ser Pueblo de Dios, dota a la Iglesia de unas características muy peculiares. Sus miembros no son tales por vínculo de sangre o de carne, sino porque han nacido de arriba (cfr. Jn 3,3-5), del agua y del Espíritu, de la fe en Cristo y el Bautismo. Este pueblo es, a su vez, pueblo mesiánico, porque tiene por jefe a Cristo, el Mesías, y en torno a él se puede desarrollar la identidad de esa sociedad. Sus miembros viven como hijos de Dios en la fe en el Hijo de Dios, por el Espíritu Santo, y no tienen más ley que el mandamiento nuevo, y más misión que ser sal de la tierra.

***Cuerpo de Cristo:** por el Bautismo, los cristianos hacemos un solo Cuerpo en virtud de la misma fe y del mismo Espíritu (cfr. Rom 12,4-5), por el que nos adherimos y participamos en la unión de todos los cristianos con Cristo: por eso, la Iglesia es “Cuerpo de Cristo”. Esta realidad se actualiza en la Eucaristía donde participamos todos del mismo Cuerpo de Cristo (1Cor 10,16-17), y en la diafonía del amor a los hermanos.

Relacionado con la idea de Cuerpo de Cristo, aparecen una gran cantidad de elementos, que son esenciales para la vida de la Iglesia. En efecto, el cuerpo es siempre uno¹⁶⁴, pero, a la vez, tiene distintos miembros y órganos con distintas funciones, – carismas¹⁶⁵ –. La Iglesia es un cuerpo unido a una cabeza, que es Cristo, que gobierna y rige ese cuerpo, y lo hace mediante los sucesores de los Apóstoles, que formando parte del mismo cuerpo de la Iglesia, aseguran la salvaguarda de la fe y santificación del cuerpo. La unidad del Cuerpo de Cristo es una ‘unidad católica’, lo cual manifiesta un hecho – integra elementos muy distintos en una totalidad – y una vocación – a la universalidad, a llegar a todo el mundo –.

***Templo del Espíritu Santo:** los creyentes (cfr. Ef 2,21-22), – la Iglesia –, llenos del Espíritu Santo, son convocados y reunidos por el Espíritu Santo, por medio del anuncio del Evangelio, en la palabra y en los sacramentos. La Iglesia es conducida por el Espíritu Santo, que actúa en ella y por medio de ella.

¹⁶³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 10-12.

¹⁶⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Decreto “Unitatis Redintegratio”*, n. 1-2.

¹⁶⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 7.

La misión del Espíritu Santo estriba en continuar la misión de Jesucristo: congregar a todos los hombres en torno al Hijo de Dios, enviado para crear, con su Cruz, al Nuevo Pueblo de Dios. Por ello, el Espíritu, enviado por el mismo Señor crucificado y resucitado, crea la Iglesia en nombre y por obra de quien lo ha enviado. De este modo, al congregar a la Iglesia, Pueblo de Dios, reunido por la Nueva Alianza, prosigue en ella la misión salvífica de Jesucristo. Esta obra del Espíritu se realiza con la misión de los miembros de este Pueblo a su Cabeza, Cristo, convirtiéndolo así en su Cuerpo místico. Al unir a la Iglesia con Cristo, crea una nueva comunión entre los hombres en una nueva fraternidad, inaugurada por Cristo, que conlleva una filiación nueva con el Padre, a imagen y semejanza de la filiación de Cristo con el Padre. De hecho, la unidad de la Iglesia se fundamenta en la unidad de Dios Trino, que conocemos por la encarnación, al igual que la unidad de los fieles entre sí. Por ello, la Iglesia se constituye como un “Sacramento de salvación”, pues el Espíritu continúa y realiza de este modo la obra salvífica y redentora de Jesucristo. Así, la Iglesia se convierte en un Pueblo santo, porque la presencia y la acción del Espíritu hace presente a Jesucristo, el único Santo, que libra a los hombres del pecado por el don de su gracia. De esta manera el Espíritu vivifica a la Iglesia y a cada fiel, otorgándole el don de la vida divina que el Padre concede a todos los hombres, a través de la vida, Pasión, muerte y resurrección de su Hijo.

4. La Iglesia, receptora y mediadora de la Salvación

La Iglesia es receptora y mediadora de la salvación. En la imágenes de “Pueblo de Dios”, “Cuerpo de Cristo” y “Templo del Espíritu Santo”, en las que nos hemos detenido, «se muestra la Iglesia como koinonía fundada en la vida del Dios unitrino; de él recibe vida y salvación – “congregatio fidelium” – y, en fidelidad a la misión recibida de Dios, comunica vida y salvación – “sacramento de salvación” –»¹⁶⁶. La Iglesia es, básicamente, comunión y misión. En efecto, por obra del Espíritu Santo, la Iglesia se constituye en elemento de comunión¹⁶⁷, y en continuadora de la misión de Cristo. Es decir, la Iglesia se constituye, por acción del Espíritu Santo, en presencia de la salvación de Cristo, del don de su redención. De este modo, la Iglesia es Sacramento universal de salvación.

La Iglesia es congregación de los fieles, comunión de los santos, que viven de la Palabra de Dios recibida y de los Sacramentos. «Considerada así, la Iglesia es fruto del actuar salvífico de Dios, comunicación de su verdad, su vida y su amor. Cristo, que actúa en sus medios salvíficos – Palabra y Sacramentos –, se halla frente a la Iglesia:

¹⁶⁶ Cfr. COMISIÓN MIXTA CATÓLICO ROMANA-EVANGÉLICO LUTERANA, *o. c.*, p. 61.

¹⁶⁷ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 1.

ésta es receptora de su actuación y de la del Espíritu Santo. La presencia de Cristo caracteriza a la Iglesia como lugar del acontecer salvífico. El don de la salvación se convierte para la Iglesia, en cuanto comunión de la salvación recibida, en tarea y misión al mismo tiempo. Así es como la Iglesia es puesta por su Señor al servicio de la comunión salvadora»¹⁶⁸. La Iglesia, en cuanto comunidad de todos los fieles, no vive de sí misma, sino total y absolutamente de Dios, de su gracia que la constituye. Y esto se convierte, para ella, en un deber de transmitir la fe, de comunicar la salvación.

La Iglesia, Pueblo de Dios, es sacramento¹⁶⁹ de la misión de Jesucristo y, por ello, de su salvación. Las raíces de esta sacramentalidad se encuentran en la economía salvífica, en la realidad de la encarnación del hombre, espíritu-finito, y en la encarnación de Cristo, el cual revelando al Padre se convierte en el Sacramento fundante y fundamental. La Iglesia es, en Cristo, sacramento, es decir, signo e instrumento universal de salvación. El presupuesto de esta afirmación es Cristo como Sacramento primero y fundante, como causa eficiente primera de cualquier otro sacramento. De este modo, afirmamos la relación de continuidad con Cristo, con su misión. La Iglesia es sacramento de la unión íntima del hombre con Dios. Esta comunión personal se lleva a cabo a través de Jesucristo, quien, por su Cruz, reconcilió todo con el Padre. El Espíritu, presente en la Iglesia, hace presente al Hijo, Salvador de los hombres, y realiza su obra salvífica a través de la Iglesia, su Cuerpo. Consecuencia de la unidad con Dios es la comunión y la unidad de los cristianos, de los hombres entre sí. La Iglesia se convierte, de este modo, en germen de la unidad del género humano.

Esta sacramentalidad no consiste simplemente en el aspecto exterior de la Iglesia; se refiere, más bien, a su aspecto más íntimo, a la naturaleza de su ser, de su naturaleza más profunda, porque, por obra del Espíritu Santo, Cristo se hace presente por ella y en ella. La realidad visible y externa de la Iglesia – sus obras, acciones, acciones, los fieles, la liturgia, etc. – hacen referencia a lo más íntimo de ella: la relación con Cristo y con el Espíritu. Es más, por obra del Espíritu Santo, Cristo actúa por la Iglesia. De ahí nace la necesidad de la coherencia entre lo visible y la realidad invisible de la que depende, el Espíritu Santo. Es decir, la Iglesia no es mera referencia a Cristo, sino que expresa y comunica su vida y su salvación.

¹⁶⁸ Cfr. COMISIÓN MIXTA CATÓLICO ROMANA-EVANGÉLICO LUTERANA, *o. c.*, p. 67.

¹⁶⁹ «El uso de la palabra sacramento, cuando se refiere a la Iglesia, permite subrayar el origen de la Iglesia en Dios y en Cristo, y su absoluta dependencia de ellos (cfr. SC, al final). De modo semejante, indica más precisamente la ordenación de la Iglesia a la manifestación y presencia a los hombres del misterio del Amor universal de Dios, en orden a la unión íntima de todos los hombres con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, así como en el orden a la comunión de los hombres entre sí», cfr. *Documentos (1969-1996) de la Comisión Teológica Internacional*, Madrid 2000, p. 362-363.

Desde la afirmación de la Iglesia como sacramento universal de salvación porque continúa la acción salvadora de Jesucristo, puede entenderse que la Iglesia es necesaria para la salvación¹⁷⁰. El Señor, único Mediador y presente en su Cuerpo Místico, en el nuevo Pueblo de Dios, ha proclamado explícitamente la necesidad de la fe y del Bautismo, puerta de la Iglesia, para la salvación (cfr. Mc 16,16; Jn 3,5). De aquí surge la fórmula "*extra ecclesiam nulla est salus*", que sólo se entiende correctamente en el marco de la instrumentalización de la Iglesia en la voluntad salvífica histórico-escatológica de Dios; desde la voluntad de su fundador de convertirla en medio para la salvación¹⁷¹.

El Concilio Vaticano II afirma, por un lado, la necesidad de la Iglesia para la salvación, especial y fundamentalmente para los que conocen su origen divino, a la vez que, por otro lado, sostiene la posibilidad de la salvación para aquellos que, sin culpa, desconocen el Evangelio, pero buscan con sinceridad a Dios y una vida justa¹⁷². En efecto, el Espíritu Santo no cesa de ofrecer a todos la posibilidad de salvarse, aún con medios extraordinarios¹⁷³. Pero Cristo es el único Salvador y el único Mediador. En Él cobran sentido, valor y significado cualquier otra mediación, aun en las otras religiones, que no pueden considerarse como mediaciones paralelas de salvación. Los hombres no pueden considerarse como mediaciones paralelas de salvación. Los hombres no pueden entrar en contacto con Dios si no es por medio de Jesucristo¹⁷⁴. La Iglesia mantiene paradójicamente, un papel necesario y, a la vez, relativo. La Iglesia sirve al designio salvífico de Dios. Pero quien salva es Dios, no la Iglesia. Sin embargo, sin la Iglesia desconoceríamos de manera definitiva qué es la salvación. La Iglesia ha de remitir a Dios, que es quien salva, como sacramento que es Cristo.

Cuando decimos que la Iglesia es sacramento de salvación¹⁷⁵, nos referimos, sobre todo, a su vinculación radical al misterio de Cristo. Únicamente por Cristo y en Cristo, y "por" y "en" el Espíritu Santo, la mediación de la Iglesia es salvíficamente eficaz; y, en cuanto tal, en cuanto la Iglesia tiene a Cristo como alguien presente a lo largo de los siglos, es sacramento universal de salvación, es decir, es signo e instrumento de Salvación. Y lo es en el sentido de que ella es necesaria para la salvación porque la fe y el bautismo son la puerta por la que entramos en la Iglesia¹⁷⁶. La salvación sólo es posible en Cristo y a Él se le encuentra en la Iglesia, que es constitutivamente misionera por encargo del Señor (cfr. Mt 28,19). Esta misión comienza al interior de la Trinidad Divina, de modo que se puede decir que la Iglesia nace de la

¹⁷⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Lumen Gentium"*, n. 14; y *Decreto "Ad Gentes"*, n. 7.

¹⁷¹ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 585.

¹⁷² Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Lumen Gentium"*, n. 14-16.

¹⁷³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral "Gaudium et Spes"*, n. 22.

¹⁷⁴ Cfr. JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, 5; 55.

¹⁷⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Lumen Gentium"*, n. 48.

¹⁷⁶ Cfr. *Ibid.*, n. 14.

Misión – el Padre envía al Hijo y éste, a su vez, al Espíritu Santo por el cual los discípulos son enviados, y culmina el nacimiento de la Iglesia – y se realiza en ella¹⁷⁷.

La realidad de la Iglesia se basa, en última instancia, en el decreto salvífico de Dios Padre y en la obra salvadora que él realiza por Cristo en el Espíritu Santo. La Iglesia es, en este sentido, el misterio de la Salvación, que se manifiesta en el mundo; signo que hace presente la salvación de Jesucristo y fruto de esa misma Salvación.

5. Constitución jerárquica de la Iglesia

Antes de terminar esta nuestra reflexión eclesiológica, juzgo muy oportuno decir una palabra acerca de la estructura de la Iglesia, que asentada en el bautismo, desarrolla su doble función de comunión y misión salvadora en virtud del ministerio eclesial, cuya fuente es Cristo¹⁷⁸.

Todos, en la Iglesia, participan en la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo¹⁷⁹ y en la misma y única misión de la Iglesia, pero a los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo la función de enseñar, santificar y gobernar en su propio nombre y autoridad. La Iglesia es jerárquica, no en razón de ser una sociedad humana¹⁸⁰ bien trabada u organizada para responder mejor a sus fines o a quienes pudieran atacarla, sino en razón de su origen: Dios, que es el ‘pastor de su pueblo’ (cfr. Jer 3,15) y Jesucristo, que es el verdadero «pastor y obispo de vuestras almas» (1Ped 2,25) y que actualiza su servicio como cabeza de la Iglesia por medio de sus sucesores. Jesús constituye a los “Doce” para enviarlos a predicar y hacerles partícipes de su poder. Después de su muerte serán confirmados por el Espíritu Santo y en los primeros tiempos se fue configurando el ministerio apostólico que actúa con la autoridad y la misión de Jesús.

Fundada en el derecho divino, la jerarquía – ministerio carismático-sacramental; en cuanto responde a la esencia sacramental de la Iglesia – se compone en cada Iglesia local de un solo Obispo, el presbiterado y los diáconos. Expresa la comunión de la Iglesia, a nivel local y a nivel universal, a través del colegio de los Obispos en comunión con el Papa, que es el titular visible de la unión de toda la Iglesia. A él se le ha confiado «la unidad de dirección – primado de Jurisdicción – y el servicio a la verdad y a la plena integridad de la confesión de fe, entendido como ejercicio especial de la inefabilidad de la Iglesia universal (LG, n.18-19)»¹⁸¹.

¹⁷⁷ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 279-336.

¹⁷⁸ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 874.

¹⁷⁹ Cfr. *Ibid.*, n. 873.

¹⁸⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 8. 18-19.

¹⁸¹ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 587.

Los Obispos¹⁸², en el nombre y con la autoridad de Cristo, cabeza de la Iglesia, y en cuanto sucesores de los Apóstoles, son los servidores de la comunión y los titulares de la proclamación pública del Evangelio. Como dirigentes de su propia Iglesia, desempeñan el servicio pastoral de Cristo y son representantes de la misión universal de la Iglesia.

El primado de la Iglesia – y del Obispo de Roma – es el principio de unión del episcopado, encarnado en una persona, que es el Obispo de Roma – “*communio Ecclesiarum*” –, sucesor de Pedro, que es el “primer Apóstol” y el primer testigo de la resurrección, y que ejerce su ministerio por la autoridad de Cristo – por derecho divino, no civil o eclesiástico –. En virtud de la esencia sacramental de la Iglesia, el episcopado es señal de la unidad en la fe y en la comunión que preside “Pedro”¹⁸³, instituido por Cristo como cabeza visible de la Iglesia y «verdadero vicario de Cristo»¹⁸⁴.

V. La respuesta de la fe

Si, iniciando nuestra reflexión, nos deteníamos a analizar el contenido de la fe en correspondencia con la revelación, en estos momentos, queremos centrarnos en las características del acto de fe – “*fides qua*” –, profundizando las relaciones inevitables con la revelación. Las características del acto de la fe las entresaca el Concilio con esmero; y, aunque no tiene un capítulo especial dedicado a la fe, la Constitución “*Dei Verbum*” la presenta en el contexto de la revelación, colocándola como respuesta a ella, y reflejando, de paso, que no deja de ser una realidad compleja¹⁸⁵.

El lugar desde donde nos proponemos contemplar la fe, es el mismo desde donde mirábamos la revelación: la absoluta trascendencia de Dios, que entra en comunicación con el hombre, que cree a Dios y en Dios, ayudado por la gracia, que es, a la vez, immanente y trascendente, posibilitadora de la fe en el hombre y don generoso de Dios. La fe se presentará así como opción (decisión) fundamental eminentemente humana y como fruto de la gracia de Dios en el hombre finito que, abierto, busca su sentido último en Dios. El objetivo único de la historia humana es la comunión de vida con Dios. Este es el objetivo de la revelación: Dios se autocomunica al hombre para la comunión. Esta es la llamada de Dios al hombre. El hombre responde por la fe en virtud de la gracia que le fue concedida desde la creación.

San Pablo explicará este tema desde la perspectiva de la predestinación en Cristo (cfr. Rom 8,29-30; Ef 1,4-5; 1Cor 2,7; 2Tim

¹⁸² Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Lumen Gentium”*, n. 20-27.

¹⁸³ Cfr. *Ibid.*, n. 18.

¹⁸⁴ Cfr. Dz. 1826.

¹⁸⁵ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, *o.c.*, p. 376-377.

2,29). Afirma que, por la elección en Cristo, se entiende el sentido último del hombre y la revelación: hemos sido elegidos en Cristo, sin mérito alguno, por la libre iniciativa de Dios para estar en comunión de vida con su Hijo.

1. La fe como respuesta a la Revelación.

«Cuando Dios se revela, el hombre tiene que someterse con la fe (cfr. Rom 16,26; 2Cor 10,5-6). Por la fe, el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece “el homenaje total de su entendimiento y voluntad”, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la Gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede “a todos gustos en aceptar y creer la verdad”. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones»¹⁸⁶.

Si la revelación es el camino que lleva de Dios al hombre, la fe es el camino del hombre a Dios¹⁸⁷. Y, en cuanto camino, implica salir, trascenderse, abandonar la casa antigua de las seguridades y volcarse en las manos de Dios: «rendirle la obediencia de la fe»¹⁸⁸. «Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela. La Sagrada Escritura llama “obediencia de la fe” a esta respuesta del hombre a Dios que revela»¹⁸⁹. Si la revelación es autodonación de Dios, oferta y propuesta de Dios al hombre, la fe es la respuesta que conviene a esta automanifestación. Así como la revelación es sobrenatural, la fe tiene que serlo, también, aunque es, lo veremos, necesariamente palabra del hombre.

Como aceptación de la revelación y de la gracia de Cristo, la fe es una decisión que empeña al hombre en todas las dimensiones de su vida: en el diálogo personal con Dios – oración –, en el compromiso por la fraternidad, en la apuesta por un mundo más humano... La fe es, así, respuesta total del hombre a la Palabra de Dios en la aceptación y en el cumplimiento de las exigencias de la alianza, sobre todo del amor. Esta y, sólo ésta, es la fe que justifica, de la que habla San Pablo. Solamente en el amor de Dios, cumplido en el amor a los hombres, logra la fe su plenitud como fe: «quien ama, conoce a Dios» (1Jn 4,7-8. 16), dirá San Juan. La fe, por tanto, implica el amor y la sumisión filial, cumplidos en las obras: solamente en el amor es auténtica la confianza

¹⁸⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, n. 5.

¹⁸⁷ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 36.

¹⁸⁸ Cfr. B. FORTE, *o. c.*, p. 15-16.

¹⁸⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 143.

en la palabra salvífica de Dios y solamente en las obras llega el amor a su autenticidad.

2. Racionalidad, libertad y gracia

El Vaticano I, declaró contra el racionalismo que creemos que es verdad lo que Dios ha revelado, «no porque podamos comprender la verdad interna de las cosas con la luz natural de la razón, sino por la autoridad del Dios que revela»¹⁹⁰. La verdad revelada por Dios es, por tanto, el fundamento último de la fe. Pero esta afirmación ya es objeto de fe, por eso cabe preguntarnos: ¿se fundamenta la fe en sí misma? Y no cabe otra respuesta, desde la fe, que decir que Dios es su fundamento porque Dios se ha manifestado como verdad.

Pero, es necesario salvar, en el misterio de la fe -como respuesta del hombre a la manifestación de Dios-, la complementariedad de sus elementos esenciales. Por un lado, su carácter sobrenatural: el objeto de la fe es Dios y la gracia – gratuidad absoluta de Dios –, que constituye su posibilidad en el hombre. Y, por otro, su dimensión profundamente humana – razonable y libre –. La fe, el creer es una actividad propia del hombre y, por ello, profundamente humana¹⁹¹. «En virtud de su racionalidad, libertad y afectividad, el hombre cree y puede creer»¹⁹². Todo conocimiento de Dios sitúa al hombre ante la decisión libre de escogerle o rechazarle.

El acto de la fe, para que sea verdaderamente humano, para que sea obra del hombre – como lo es de Dios – considera y presupone la razón conforme a la mejor tradición cristiana¹⁹³. La fe¹⁹⁴, que

¹⁹⁰ Cfr. Dz 1789. Aquí mismo, recoge también el Concilio una sencilla definición de la fe: «[...] Esta fe, que es el principio de la humana salvación, la Iglesia Católica profesa que es una virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado, por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que se revela, el cual no puede ni engañarse ni engañarnos. Es, en efecto, la fe, un testimonio del Apóstol, sustancia de las cosas que se esperan, argumento de lo que no aparece (Hebr 11,1)».

¹⁹¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 154.

¹⁹² Cfr. A. QUERALT, «Creyente», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 274.

¹⁹³ El Magisterio de la Iglesia (“*Dei Filius*” del Vaticano I), precisa que es posible un entendimiento y una armonía entre la fe y una razón verdadera. El Concilio, apelando a los argumentos externos, afirma que la fe es conforme a la razón. En el Concilio, la racionalidad de la fe se apoya sobre todos los hechos divinos: milagros y profecías; ambos como signos certísimos y acomodados al intelecto de todos de la revelación. Lo que pretende el Concilio, contra el racionalismo para el que la razón es el criterio absoluto de conocimiento, incluso del conocimiento de fe, es hacer una afirmación fundamental: la fe y la razón no se contradicen. Al contrario, se sostienen mutuamente en los sentidos: la razón ayuda a la fe a demostrar sus fundamentos, y la fe ayuda a la razón a liberarse de errores y la provee de múltiples conocimientos. Para evitar el semirracionalismo, el Concilio propone un uso de la razón siempre iluminado por la fe. El racionalismo elimina la actitud básica de la fe: en la fe no confiamos absolutamente en las posibilidades ilimitadas de la razón humana; creer significa confiar en Dios y fiarse de Él. El que cree, abandona sus seguridades y garantías humanas; apuesta por algo que está fuera de él y que es

afirmamos aquí como una respuesta a la revelación de Dios, requiere un asentimiento libre y racional, por parte del hombre. Mediante la fe, el hombre responde a la manifestación de Dios, la recibe y en ella fructifica. Esta aceptación depende de su libertad: puede acogerla o rechazarla.

Aunque la respuesta de la fe es libre y razonada –razonable–¹⁹⁵, la fe no es la conclusión de una demostración racional porque Dios no deja de ser misterio; pero, tampoco es salto en el vacío, porque el hombre cuenta con la revelación que es el fundamento de la fe. Sin embargo, por otro lado, la certeza absoluta de la revelación sólo es posible por la decisión existencial de la fe. En cuanto que la fe supone “apoyarse en el Otro”, es decir, en el misterio inefable de la gracia de Dios revelada en Cristo, tiene, para el hombre, carácter de riesgo y prueba: en esta decisión el hombre se juega el todo por el todo; el hombre renuncia a toda seguridad y se abandona al misterio de Dios en Cristo. Y la fe pasa a ser misterio para el mismo creyente: el misterio de la autocomunicación de Dios y de la respuesta del hombre. «La fe no es solo una respuesta dada por el hombre a una palabra divina, aceptada y comprendida; si fuese así, la fe sería de alguna manera una conquista humana; en realidad, la fe antes que una respuesta humana es ya un don de Dios; en la palabra de Dios, trae el ofrecimiento de la salvación, está ya contenida la salvación, y el hombre que responde con la fe y en la fe ha sido ya alcanzado por ella. El Concilio de Trento enseña muy oportunamente que la fe es el ‘fundamento y la raíz de toda justificación’ (Dz 1532)»¹⁹⁶.

La fe es un don de la gracia de Dios. No son razones externas o el propio conocimiento interior, sino Dios mismo quien tiene que convencer al hombre y hacer que su verdad se ilumine. La actuación de Dios por la gracia no elimina las capacidades y aptitudes naturales del hombre, sino que las completa e ilumina. Pero también las aptitudes naturales son igualmente dones de Dios¹⁹⁷. Por eso, afirmamos que también el conocimiento natural de Dios se remonta a Dios como principio último.

infinitamente más cierto que todas nuestras certezas humanas. El fundamento último de fe es Dios mismo, terminará afirmando el Concilio; su verdad y fidelidad, manifestadas en la Revelación. Cfr. Dz. 1789. También, *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 46.

¹⁹⁴ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 47-50.

¹⁹⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Carta Encíclica “Fe y Razón”*, n. 43-48.

¹⁹⁶ Cfr. E. RUFINI, «Celebración litúrgica», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 181.

¹⁹⁷ El conocimiento de Dios no es el de un sujeto plenamente autónomo que, con sus propias fuerzas, quiere conocer a Dios sino que es la realización de unas facultades concedidas por Dios al hombre. Cuando hablamos de conocimiento natural de Dios, nos referimos a ése que implica la capacidad del hombre de llegar a conocer la existencia de Dios; pero este conocimiento se queda ahí, digamos en lo exterior y, por consiguiente, no llega a la intimidad divina, debido a su condición limitada. Dado que en el hombre existe un impulso grande que le hace deseoso de llegar a la intimidad divina, es necesario que el mismo Dios se lo revele; aquí ya no es suficiente la razón. Se necesita de una revelación positiva de parte de Dios en la historia (revelación).

La fe en Dios es una cierta anticipación de la visión. En ella, el hombre se pone, desde ahora, en camino hacia Dios para adherirse a Él por el amor. Esta anticipación no se da ahora directamente, sino a través de la revelación externa. En sus signos puede el hombre encontrar “motivos para creer”. Pero, para reconocer en ellos, con toda certeza, revelaciones de Dios, no basta el conocimiento natural, sino que es necesaria la luz de la fe. La luz, que es interior a nosotros mismos, se expresa en el deseo natural de ver a Dios, ya que no es un complemento a la luz de la razón sino su última plenitud. La luz de la gracia – que es de lo que estamos hablando – conecta con la pregunta natural acerca de Dios, con la idea de Dios inscrita en el hombre, para llevarla a su plenitud: consumación y determinación, a las que el hombre no puede llegar por las solas fuerzas de la razón. Así, a la luz de la fe, la verdad de Dios se manifiesta, en cierto modo, intuitivamente al hombre como verdad sobre sí mismo, de forma clara y convincente.

De esta manera, los motivos de credibilidad, que nos facilitan los signos de la revelación, no pueden demostrar la fe, pero ofrecen una probabilidad y una seguridad espiritual, en virtud de las cuales la opción por la fe es humanamente posible, intelectualmente responsable y moralmente vinculante. Pero, a la genuina certeza de la fe, cuya seguridad está por encima de todo, sólo se llega cuando se considera esta argumentación de convergencia a la luz gratuita de la fe.

Von Balthasar¹⁹⁸ dirá que el fundamento y la verdad de la fe es el amor¹⁹⁹; luz que brilla en el mundo desde el comienzo de la creación, y que resplandeció definitivamente en Jesús, que es la manifestación misma del amor de Dios. Este amor es el único que convence, la verdad que hace libre (cfr. Jn 8,32).

3. *Sobrenaturalidad de la fe*

Conforma a lo que venimos afirmando, la fe es sobrenatural; es absolutamente sobrenatural porque participa de la sobrenaturalidad de su origen: su fundamento es Dios – la revelación – y su término la visión de Dios²⁰⁰. Y esto es algo que excede todas las posibilidades del ser humano, porque, aunque existe en el hombre el “deseo natural de ver a Dios”, no quiere ello decir que la visión de Dios sea algo natural, sino algo hacia lo cual tiende el hombre, bajo la atracción de Dios. Esto quiere decir que el hombre ha de ser divinizado para poder ver a Dios: por eso, la fe es sobrenatural – fe divina –.

La fe es sobrenatural porque la revelación en la que se basa es sobrenatural²⁰¹. El hombre no puede acoger la autorrevelación, ni

¹⁹⁸ Citado por W. KASPER, *o. c.*, p. 68-79.

¹⁹⁹ Cfr. también M. SBAFFI, «Caridad», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 133.

²⁰⁰ Cfr. J. M. DE MIGUEL, *o. c.*, p. 234-240.

²⁰¹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 153.

participar de la vida divina sin la correspondiente elevación-transformación del dinamismo espiritual humano, – la Gracia –.

Pero la fe anticipa – incoa – ya en la tierra la visión de Dios, en cuanto que, por ella, el hombre conoce según Dios; aunque no inmediatamente, sino fiado de su testimonio. La fe es sobrenatural, porque es adhesión absoluta e incondicional a Dios como Dios. Esta adhesión se basa en el conocimiento de Dios como tal; lo cual, tampoco es posible si Dios no lo eleva hasta Él: por eso, la fe es sobrenatural; porque, por la fe, el hombre conoce realmente a Dios desde Dios, no desde el mundo creado: es un conocimiento sobrenatural basado en la Gracia.

4. La llamada al hombre a la comunión con Dios

«Por su revelación, “Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”. La respuesta adecuada a esta invitación es la fe»²⁰².

Al momento de anunciar y colocar los fundamentos de la respuesta del hombre a la revelación de Dios, anunciamos la dimensión humano-divina del acto de la fe. Queremos ahora profundizar en este carácter de la respuesta de la fe a la autorrevelación de Dios en el marco de la llamada del hombre a la comunión con Dios²⁰³. Lo más original y nuevo, e incluso desconcertante de la revelación cristiana, es que el Dios que ha creado y redimido admirablemente al hombre lo llama y lo salva, por su gracia, para su divinización, para hacerse uno con El en Cristo. La aceptación, por parte del hombre, de la autocomunicación de Dios mediante la fe y en virtud de la gracia hace posible esta “vocación de encuentro”²⁰⁴.

«Al revelarse a sí mismo Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas»²⁰⁵, reza el catecismo de la Iglesia; la antropología moderna entiende al hombre como un ser “en proyecto”, llamado a decidir el sentido definitivo de su existencia, desde su autoconciencia personal y su apertura a los otros; es decir, desde su dimensión constitutiva “corpóreo-espiritual” – espíritu finito – que supone la relación con los otros y con el mundo, y la orientación constitutiva hacia el misterio absoluto: Dios. Él está implícitamente presente en el hombre, en virtud de su carácter creatural. Esta “presencia implícita de Dios en la “espiritualidad finita” constitutiva del

²⁰² Cfr. *Ibid.*, n. 142.

²⁰³ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 27. 44-45. 54. 154. 613. 773. 780. 357. 1489. 1804. 533. 725. 787. 790. 1331. 519. 521. 259. 732. 737. 850. 1107-1109. 734. 1097.

²⁰⁴ Cfr. G. GENNARI, «Hijos de Dios», en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1983, p. 590-603.

²⁰⁵ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 52.

hombre no es en sí misma la gracia, sino la capacidad radical de recibir la gracia; la expresión categorial de esta presencia condiciona la fe, pero no es la misma fe. La gracia es Dios en sí mismo, que se comunica al hombre y le llama a la comunión de vida con él; esta llamada interior constituye la más profunda dimensión de la existencia humana: su aceptación y expresión en el hombre es la fe. La autocomunicación de Dios en sí mismo tiene lugar ante todo en Cristo y por Cristo en los hombres. Por eso, la fe y la existencia cristiana se fundan en el misterio de Cristo y deben ser considerados a la luz de este misterio»²⁰⁶. En esta visión antropológica es interesante constatar la conexión existente entre ésta y la doctrina de la creación, de la soteriológica y la doctrina de la gracia. Relación que «alcanza su máxima concreción en la mariología, en cuanto que la madre de Jesús es el tipo de la persona creyente apprehendida por la gracia»²⁰⁷.

La gracia consiste fundamentalmente en el acto de la absoluta comunicación de Dios a su Hijo, hecho hombre, y, por él, a la humanidad pecadora. Y ello quiere decir que toda la gracia de Dios está ya contenida en la Encarnación. El diálogo personal con el Padre domina toda la existencia de Jesús. En este diálogo se da su entrega definitiva, su sumisión filial y su abandono confiado en Dios. Jesús es la forma humana de la gracia y, por su obra salvadora, nos otorga a nosotros la gracia de la filiación y la vida eterna²⁰⁸. La salvación es la acción de Dios, a través de Cristo y el Espíritu Santo, en la historia para llevar al hombre a la comunión en la vida trinitaria -divinización- y eso exige el precio del perdón de los pecados y la justificación²⁰⁹.

«La fe surge del mensaje cristiano y de la llamada interior del hombre por la gracia de Cristo. El núcleo del mensaje cristiano es el cumplimiento y la revelación definitivos del amor salvífico de Dios en Cristo²¹⁰: en el acto de su gracia absoluta quiere Dios dar al hombre la comunión de vida con él y cumple esta donación absoluta de sí mismo en la encarnación, muerte y resurrección de su Hijo, cuyo Espíritu crea por la Iglesia en los hombres la intimidad filial con Dios, el amor fraterno entre sí y la esperanza de participar en la gloria de Cristo resucitado, Señor de la Creación»²¹¹. Este mensaje, y esta gracia de Cristo, ponen al hombre en la situación de tener que tomar una decisión. Dios se da al hombre en su propio Hijo en amor absoluto. «La llamada de la fe es la invitación de la gracia a la intimidad con Dios;

²⁰⁶ Cfr. J. ALFARO, *o. c.*, p. 91.

²⁰⁷ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 105.

²⁰⁸ Cfr. G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 387 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1720-1722.

²⁰⁹ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 537-545. También G. L. MÜLLER, *o. c.*, p. 787-789.

²¹⁰ A este propósito, la Encíclica "*Fides et Ratio*", en el n. 15, dice: «la verdad que la revelación nos hace conocer no es el fruto maduro o el punto culminante de un pensamiento elaborado por la razón. Por el contrario, esta Revelación se presenta con la característica de la gratuidad, genera pensamiento y exige ser acogida como expresión de amor».

²¹¹ Cfr. J. ALFARO, *o. c.*, p. 93.

para percibir esta llamada, el hombre debe estar abierto a Dios como amor. Esta decisión fundamental de responder con un “sí” al acto salvífico de Dios en Cristo es la fe»²¹².

La decisión positiva del hombre a la llamada de Dios constituye su vocación original²¹³. Pero, a pesar de su libertad, no es autosuficiente para llegar a la intimidad de Dios. No puede llegar al conocimiento o intimidad de Dios por sus solas fuerzas naturales; necesita de una fuerza mayor a sus posibilidades limitadas. No le es posible sin el don de la gracia. La cual no tiene otra razón de ser que el amor de Dios²¹⁴. Así, la gracia es el auxilio que Dios nos da para responder a su llamada; ella suscita la misma respuesta libre del hombre. Nos facilita la participación en la vida de Dios. La gracia, por su carácter sobrenatural, depende de la iniciativa libre y gratuita de Dios. En este sentido, la fe significa “apoyarse en Dios”; es decir, fundar la existencia en Dios mismo, en el misterio de su palabra y de su gracia; renunciar a vivir de la confianza en sí mismo, en los hombres o en el mundo, para abandonarse absolutamente en Dios; salir del amor de sí mismo y entregarse a la gracia de Dios, como garantía de salvación. Es una decisión que implica el riesgo de la audacia y la confianza del abandono para esperar la salvación como el don del mismo Dios. La respuesta de la fe sólo es posible porque Dios se adelanta al hombre y hace resplandecer en él la luz de la verdad; porque lo hace ver y le ilumina los ojos del corazón. Por tanto, la fe es un don de la gracia de Dios²¹⁵. No son razones externas o el propio conocimiento interior, sino Dios mismo quien tiene que convencer al hombre y hacer que su verdad se ilumine. En este sentido, la fe es una virtud sobrenatural, que requiere la ayuda de la gracia de Dios para creer con certeza su revelación. Entonces, la gracia no es “algo” que Dios nos regala; la gracia es Dios mismo; es la autocomunicación y autodonación de Dios al hombre. Así, Jesús encarnado, mediador de la nueva alianza y redentor, “revela el hombre al mismo hombre”; el sentido y la meta del hombre.

Se trata de una decisión absoluta, que empeña la libertad del hombre desde la ley del amor. Porque la gracia es, esencialmente, invitación interior al amor y, por eso, se inserta en la interioridad suprema de la libertad, que es el amor. La gracia de Cristo eleva hasta su punto culminante la libertad del hombre, haciéndola capaz del

²¹² Cfr. *Ibid.*, p. 94.

²¹³ Cfr. «Llamados a ser una sola cosa con Él», in: *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 521. «llamados a la unión con Cristo» (cfr. *Ibid.*, n. 542); «llamados a entrar en la bienaventuranza divina» (cfr. *Ibid.*, n. 1877).

²¹⁴ «Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda criatura», cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1998. También, cfr. n. 1999.

²¹⁵ «La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios, hijos adoptivos, partícipes de la naturaleza divina, de la vida eterna», cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1996.

diálogo de amor con Dios. En la aceptación personal y libre de Dios llega el hombre a su plenitud como persona.

La fe recibe de la esperanza, íntimamente unidas, su dimensión escatológica; espera la salvación como la gracia de la revelación definitiva de Dios en Cristo. Con lo cual, lejos de alienar al hombre, la fe interpreta las dimensiones fundamentales del hombre y les confiere su definitiva plenitud. El hombre lleva el problema radical de su existencia en su propia interioridad, que le revela su trascendencia sobre el mundo y la ilimitada aspiración de su espíritu; la fe descubre en esa ilimitación espiritual la apertura del hombre al absoluto personal en sí mismo y la eleva a la intimidad del diálogo con Dios hasta el encuentro cara a cara con él en la visión. La fe cristiana, no solamente reconoce el valor absoluto de la persona humana como “imagen de Dios”, sino que ve en cada hombre un hermano de Cristo, llamado por él a participar en la vida misma de Dios y eleva las relaciones interpersonales humanas al nivel de la unión del hombre con Cristo; la Iglesia, comunidad del amor, es, por Cristo, el sacramento de la intimidad del hombre con Dios y de la fraternidad universal. Si Dios no estuviera presente en la misma interioridad constitutiva del hombre no existiría para él el problema de Dios. Pero es la incredulidad la que aliena al hombre de Dios y, en consecuencia, le aliena de su propia profundidad interior; al huir de Dios, el hombre huye de lo más íntimo de sí mismo.

La fe cristiana empeña la libertad del hombre en el diálogo personal con Dios, que le interpela con la exigencia incondicionada de su amor²¹⁶, exige su actuación en las circunstancias de la existencia cotidiana; de lo contrario, banalizamos la fe en una existencia superficial. Y, por lo que el hombre tiene de incredulidad en su propio interior y en la incoherencia de vida, tiene siempre que decir con el padre de aquel muchacho de quien Jesús sacó un espíritu inmundo: «creo, Señor, ayúdame en mi incredulidad» (cfr. Mc 9,24). El cristiano vive la opción radical de su fe en el diálogo personal con Cristo desde su adhesión a la Iglesia.

«Como la fe es enteramente obra de Dios y también enteramente obra del hombre, en la fe se realiza la historia de Dios con los hombres aquí y hoy. Así, la fe, en definitiva, es encuentro, comunicación y amistad con Dios. Pero esto significa la plenitud de sentido de la vida humana, la salvación del hombre entero. Por lo tanto, el que cree, está en el

²¹⁶ «La libre iniciativa de Dios exige la respuesta libre del hombre, porque Dios creó al hombre a su imagen, concediéndole, con la libertad, el poder de conocerle y amarle. El alma sólo libremente entra en la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Puso en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que sólo El puede colmar. Las promesas de la “vida eterna” responden, por encima de toda esperanza a esta aspiración», cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2002.

camino de la salvación... La fe es, ante todo, la anticipación inicial de la visión eterna de Dios cara a cara (cfr. 1Cor 13,12)»²¹⁷.

VI. Una palabra final

La gran ventaja del Concilio Vaticano II estriba en que, a diferencia de los anteriores, no es un Concilio de lucha o confrontación sino de apertura y proposición. La Constitución sobre la divina revelación, que nos ha servido de trasfondo a nuestra reflexión, comenzó a elaborarse a inicios del Concilio y estuvo sobre el tapete hasta el final debido a algunas divergencias en la manera de concebir las relaciones de la Tradición y la Escritura. Felizmente, al final, se aprobó el texto, encargado a una comisión prácticamente por consenso general. Un texto de eminente sabor bíblico, que habla de la revelación, en primer lugar, como un acto de comunicación de sí mismo por Dios, que tiene su cima en Jesucristo, antes de considerarla como un conjunto de verdades transmitidas. Pone claramente de relieve la trascendencia de la Palabra de Dios respecto de la Iglesia. Se menciona la Tradición antes que la Escritura, dado que la misma Escritura es el fruto de un acto de tradición de la generación apostólica; y la función propia del Magisterio se explica como una sumisión a la Escritura, transmitida por la Tradición.

Dios es autorrevelación y autocomunicación. Dios es, en sí, movimiento de fecundidad y amor, que desde el Padre culmina por el Hijo en el Espíritu. Dios es vida, que se expresa y realiza como fecundidad y encuentro entre personas – Trinidad inmanente –. Pero más que desde una perspectiva esencialista – Dios que revela su esencia a los hombres –, hemos querido presentar la Revelación desde una mirada histórico-salvífica²¹⁸ y, por tanto, desde una comprensión de la misma en clave dialógica y personalista – comunicación personal de Dios –. Por eso, se funden en un solo tema la Palabra de Dios que es apertura, revelación y donación de sí mismo – en virtud de su libertad y su amor soberanos – y la palabra del hombre – la fe – que es respuesta en libertad y gracia a la Palabra de Dios²¹⁹. Dios, que es amor en sí mismo, lo es para el hombre y para la realidad creada – Trinidad económica –, y se ofrece sin imponerse, se regala sin oprimir, se compromete sin reclamar, a favor del hombre. Y éste, en su libertad, opta y le responde en virtud de la gracia de Dios en él presente.

²¹⁷ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA, *o. c.*, p. 40.

²¹⁸ Es decir, Dios, que sale al encuentro del hombre y se muestra a sí mismo y su voluntad salvífica, como dice en n. 2 de la Constitución dogmática “*Dei Verbum*” del Concilio Vaticano II.

²¹⁹ El mismo Concilio no dedica un capítulo aparte al tema de la fe, sino que lo ubica dentro de la Constitución dogmática “*Dei Verbum*”, sobre la Divina Revelación.

Perspectiva histórico-salvífica de la Revelación. Desde una perspectiva histórico-salvífica, apreciamos a Dios autorrevelándose a los hombres en la creación y en la elección, que se concreta en la alianza con el pueblo, escogido sin méritos propios, para una alianza que será bendición para todos los pueblos. Esa alianza se centrará, en tiempos de los profetas, en una presencia especial de Dios en medio del Pueblo: será la presencia del Espíritu de Yahvé en medio de Israel. La autodonación definitiva de Dios se colma en la llegada, la entrega y la comunicación del Mediador de la Nueva y Eterna Alianza: Jesús. Sólo en Jesucristo se nos descubre plenamente el misterio del hombre, sólo el que conoce a Jesucristo, conoce también al hombre. Porque Él es la imagen de Dios (cfr. Rom 8,29; Ef 1,3-6. 10-12), que revela y realiza plenamente la imagen de Dios que se da al hombre; es, a la vez, Hijo de Dios y el hombre nuevo – nuevo Adán – que «manifiesta el hombre al hombre»²²⁰. Esta novedad, que nos aporta Jesús, no es algo que se injerta, desde fuera, en nuestra naturaleza humana. Al contrario, es aquello mismo en lo que estamos instalados ya desde siempre como hombres creados a imagen de Dios, pero que no podemos conseguir por nuestras propias fuerzas: la comunión con Dios Trino; la cual se realizó en Jesús de una manera única. Por su Espíritu somos recibidos como hijos de Dios (cfr. Rom. 8,14-17; Gal 4,4-6), y, en cuanto tales, por el hecho de participar en Cristo de la naturaleza divina (cfr. 1Ped 1,4), Dios nos da infinitamente mucho más de lo que pedimos o concebimos (cfr. Ef 3,20). Ahora bien, lo que ahora participamos son sólo las arras y las primicias (cfr. 1Cor 1,22; Ef 1,13-14), pues no alcanzaremos la plenitud sino cuando veamos a Dios cara a cara (cfr. 1Cor 13,12). «Porque esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (Jn 17,13).

En la Nueva Alianza nace un nuevo pueblo, la Iglesia, que brota del hombre nuevo, Jesucristo; en su llamada y en la respuesta de los discípulos; en la respuesta de la fe de Pedro a Jesús, “desvelado” ante sus ojos como el Mesías y el Hijo de Dios vivo. Esta es la piedra que cimienta la Iglesia, su vocación misionera, su unidad y su misma constitución jerárquica. Esta Iglesia está llamada a actualizar la revelación de Dios en la historia. Por ella, el Señor desempeña su misión salvadora en el mundo.

La fe, palabra del hombre y don de Dios. Si la revelación es, formalmente, autodonación personal de Dios al hombre en su palabra, la fe – respuesta a la revelación – será formalmente autodonación del hombre a Dios, que le habla y se le manifiesta en el misterio de Cristo. La fe es la respuesta total del hombre a la palabra salvadora de Dios; se basa en el conocimiento y en la aceptación de la verdad de la intervención salvífica de Dios, realizada en Cristo. No es sólo una cuestión subjetiva – “*fides qua creditur*” – sino que implica una

²²⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”*, n. 22.

relación a la realidad creída – “*fides quae creditur*” –, que es apprehendida por el asentimiento intelectual.

Al hablar del contenido de la fe – objeto material –, lo hemos presentado haciendo, conforme a la línea teológica que predomina actualmente, una reducción cristológica; procurando más subrayar la unidad de las verdades reveladas, objetos de fe, que la pluralidad de artículos o de enunciados perfectamente delimitados. Por eso, al abordar el tema del contenido de la fe, nos hemos centrado en los misterios centrales de la economía salvífica: el misterio de Dios-Trino, el misterio de Jesucristo, Dios y hombre, y el misterio del hombre divinizado por el Espíritu Santo. La fe se fundamenta en el testimonio divino, que es también contenido de la fe: el hombre cree conjuntamente lo que Dios ha revelado y el testimonio divino que revela²²¹.

Dimensión personalista de la revelación y de la fe. Su posibilidad.

Desde el principio, el texto de la “*Dei Verbum*”, evoca, como esquema principal de la revelación, la comunicación y el don personal – libre y gratuito – de Dios a los hombres. La Revelación es “palabra” – clave dialógica – del Ser Personal al hombre, que responde con la fe. Dios conversa con sus amigos para invitarlos y recibirlos en su compañía. Dios se revela a sí mismo, a su persona; y la fe, más que creer en un conjunto de verdades o en una suma de dogmas, es “*credere Deo*”; es decir, la fe se dirige primeramente a una Persona, que ha dado testimonio de algo: implica una relación vivencial, de persona a persona, tal y como lo exigía Jesús.

Esto nos pone delante la cuestión de la posibilidad de la revelación y, a la vez, de la fe como respuesta del hombre a la revelación. Esta posibilidad la hemos de enmarcar en la apertura constitucional del hombre a Dios y en la inmanencia-trascendencia de la gracia. La inmanencia de la gracia se explica desde la inmanencia de la “visión de Dios”, que es la iluminación interior de la que hablan los Santos Padres: Dios atrae internamente al hombre hacia la unión inmediata con él, comunicándole un nuevo dinamismo, que le hace capaz de aceptar la palabra divina. Este deseo de ver a Dios se inserta como don no debido, pero afín al espíritu humano, en el dinamismo espiritual-intelectual-volitivo del hombre, como planificación de su apertura. No es algo sobreañadido, desde fuera, al espíritu humano, sino la fuerza interior, que sacia los anhelos del hombre, orientados hacia la plenitud final: la comunión con Dios. Así, Dios se autocomunica a todos los hombres, en el ámbito de su espiritualidad creada. Para salvaguardar la absoluta sobrenaturalidad de la gracia y, por tanto, de la revelación y de la fe, podemos considerar la hipótesis de la inteligibilidad del hombre en su constitución fundamental de criatura

²²¹ De ahí que se de la unidad indisoluble entre el “*credere Deum*” y el “*credere Deo*”, o la verdad objetiva, o la verdad subjetiva – “*fides quae*” – y la adhesión personal – “*fides qua*” –.

corpóreo-espiritual, sin necesidad de la gracia de la divinización. Aunque esto no es algo real, el manejo de esta hipótesis nos ofrece una clara conciencia de la sobrenaturalidad de la gracia: es indebida porque la naturaleza humana no la exige para su inteligibilidad.

Curiosa y paradójicamente, la fe es, a la vez, sobrenatural y razonable. Sobrenatural, porque es don de Dios, fruto de la gracia, de la iluminación interior del Espíritu; y razonable, en cuanto se basa en los signos externos de la revelación; éstos se manifiestan como motivos de la fe, porque hacen creíble la revelación. Los signos de la revelación son un presupuesto de la fe, no su fundamento o motivo formal: condicionan la fe, pero no la causan.

Por un lado, la fe se basa en la estructura esencial de la existencia humana – espíritu-finito: radicalmente abierto a la revelación, a la gracia y a la fe, como opción fundamental auténticamente humana –; y, por otro, al mismo tiempo, es un acto personalizante, que constituye la plenitud de su ser hombre. Sin embargo, todos los pasos que da el hombre hacia la salvación, incluso los previos a la fe, propiamente dicha, son ya efectos de la gracia de Dios, que previene y ampara al hombre para que se salve, dándole “la suavidad en el aceptar y creer la verdad”.

Concentración cristológica y dimensión trinitaria de la revelación y de la fe. Jesús es la autocomunicación y autodonación de Dios, en sí mismo. El contenido de la historia de la revelación podría resumirse en la voluntad divina de mostrar Dios su rostro al hombre y salvarlo: eso acontece eminentemente en Cristo, que es la plenitud de la revelación y de la salvación. El misterio de Cristo es el centro de la revelación y el objeto principal de la fe. En él se hallan comprendidos el misterio de Dios Trino y el misterio de la Iglesia, humanidad salvada y sacramento universal de la salvación. Los demás enunciados de la revelación o verdades reveladas, se creen y cobran sentido y plenitud en orden a Él.

El hombre, capacitado para recibir la autocomunicación de Dios, porque desde lo más interior de sí está abierto y tiende al encuentro con Dios, recibe la revelación según el orden de la economía salvífica por Jesucristo, Palabra hecha carne. La encarnación del Verbo remite a la Trinidad de Dios y además testimonia la dimensión irrenunciablemente histórica y salvífica de la revelación, por un lado; y, por otro, testimonia su aceptación y su respuesta coherente y verdadera. Sólo desde la Encarnación llegamos a saber en qué consiste la revelación, porque en ella Dios se apropia la palabra humana y se expresa en ella: por ella es verdad que Dios ha hablado al hombre. En la Encarnación, el ser del hombre y su palabra son elevados a expresión personal del mismo Dios. La Encarnación se consume en la resurrección, que es como una nueva creación en la que el hombre nuevo Jesús, se convierte en el Cristo y manifiesta el momento culminante de la revelación y su dimensión salvífica. Porque en él acontece la redención -y la justificación- del hombre, y la relación Dios-hombre, hombre-Dios alcanza su plenitud

soñada – filiación – abriendo y ensanchando por su Espíritu el camino del destino último del hombre a la comunión con Dios – finalidad o dimensión soteriológica – cuando éste acepta la revelación por la fe. Lo cual da origen a la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. En torno a la figura central de la revelación y de la fe, que es Jesús, se ha querido mostrar la unidad de los misterios de la fe cristiana y la concentración de las verdades de la fe en la reflexión más profunda y compacta, conforme al empeño de la teología de nuestros días. En este sentido, la autocomunicación de Dios, como verdad y vida de los hombres, es un espléndido gozne: «es el fundamento de la unidad trascendental de todas las afirmaciones categoriales de la fe», como afirma G.L. Müller. La fe está determinada por la revelación; y si esta es esencialmente cristológica y salvífica, la fe lo será igualmente.

Dios Trino se manifiesta en la historia – revelación – porque es eternamente trinitario; en la encarnación, que es autoentrega del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo, que fecundó a María. La fe alcanza en Cristo a la Trinidad porque al ser la Palabra de Dios encarnada está siempre haciendo referencia a Dios Padre y al Espíritu Santo. La confesión de fe trinitaria interpreta el sentido del ser como amor. Por ello, la fe en el Dios trinitario se traduce en el amor efectivo. La fe tiene, pues, una fuerza que hace descubrir la realidad y la transforma. La afirmación de la Trinidad es relevante para la concepción cristiana del hombre, la sociedad y la creación general; y lo es más aún para una correcta comprensión de la realidad de la Iglesia y de su misión en el mundo. Si Dios es amor, entonces toda la realidad está determinada por el amor y ordena al amor; entonces el amor es el sentido de toda la realidad.

En María, icono de la Iglesia, se expresa con nitidez la idea cristiana del hombre y de la gracia. En ella, se da a conocer el poder transformador de la gracia y su carácter de autocomunicación de Dios a la criatura, junto con la capacidad de su libre aceptación. Nos ayuda a profundizar en el hecho de que Dios se ha hecho hombre para que nosotros, por Cristo, podamos llegar a participar de la vida del amor trino, por la práctica del amor y en la vivencia eclesial de la oración y los sacramentos. Así, como María fue, en virtud de la gracia, hija del Padre, madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo²²², así también, todos los creyentes están llamados a ser hijos de Dios. En la fe y en el seguimiento de Cristo se hace la Iglesia que tiene a María por madre y modelo.

²²² Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática "Lumen Gentium"*, n. 53.

Abstract. - In systematic theology, the Revelation of God and man's response is the central axis for reflection of the faith. It is our purpose to deliberate and articulate about it the central themes of the aforesaid theology. Most importantly our attempt to approach through a salvation-history theme of Jesus, the Grace and Trinitarian mystery as well as the affirmation of the Church as fruit of Revelation and guarantee of the faith.

Key words: systematic theology - revelation of God - anthropology - faith - Christ - salvation - history - Trinitarian Mystery - Church.